

APUNTES EN TORNO A LOS RELATOS SOBRE LAS GUERRAS CIVILES DEL SIGLO XX

JOSÉ LUIS LEDESMA VERA*

En Caspe, capital del Bajo Aragón zaragozano, el sábado 26 de marzo de 2016 tenía lugar un acto emotivo. Se homenajeaba a tres brigadistas internacionales anónimos, aunque era un modo de hacerlo con todos aquellos que llegaron allí de fuera a luchar para la República. Sus restos habían sido encontrados y exhumados seis meses atrás, en lo que había sido la cota 238, lugar que defendían efectivos de las XII y XIV brigadas frente a la ofensiva franquista que barrió el frente aragonés en marzo de 1938. El homenaje se hacía coincidir con el aniversario de su caída 78 años atrás. Al igual que la propia exhumación, el acto estaba organizado por la Asociación Local Bajoaragonesa de Agitación y Propaganda. A la entrada del cementerio, y ante unas 150 personas, intervenían cuatro de sus miembros, incluido el arqueólogo responsable de la excavación, representantes de dos asociaciones de amigos de las Brigadas y de excombatientes franceses, el alcalde de Caspe y el coro de la localidad, que interpretó *Cantares* de Antonio Machado y *La Internacional*. La última palabra era del presidente de Aragón, quien anunciaba la preparación de una ley autonómica de Memoria Democrática y la futura instalación en Caspe de un monumento-memorial a las Brigadas Internacionales. El final del acto consistía en el traslado de los restos hasta el interior del camposanto, su inhumación en un espacio cedido por el Ayuntamiento y la colocación de una placa. Como la exhumación, se había sufragado a través de una suscripción popular y sin la menor subvención, y rezaba que se ponía ahí en memoria de los tres soldados «y en la de todos los que murieron combatiendo al fascismo»¹.

Era la primera vez que eran exhumados los cuerpos de brigadistas internacionales, identificados como tales e inhumados en un cementerio español desde 1938. Pero al margen de eso, lo de aquella tarde no tenía mucho de excepcional fuera del ámbito local. Son legión las iniciativas y actividades que tienen lugar en localidades grandes y chicas de todo el país en el ámbito de la llamada *recuperación de la memoria histórica*, y muchas de ellas tienen que ver con exhumaciones, señalamiento de fosas comunes y descubrimiento de placas. Es por

* Universidad Complutense de Madrid.

¹ Algunas crónicas y fotografías del acto, en las páginas internet <http://arainfo.org/inhumados-tres-brigadistas-en-caspe/>, <http://www.bajoaragonesa.org/elagitador/cronica-del-homenaje-los-tres-brigadistas-internacionales-caidos-caspe-1938/> y <https://www.flickr.com/photos/arainfo/albums/72157666480727935>.

tanto un caso más entre muchos otros. Su trascendencia, y por lo que sirve de arranque a estas páginas, tiene que ver, en primer lugar, con esa misma dimensión capilar de tales actos y asociaciones locales. Aunque no salten a los medios, día a día y a lo ancho de todo el país tejen una red de iniciativas que producen relatos sobre el pasado reciente sobre el terreno y al margen de los círculos académicos e institucionales. En segundo lugar, el elenco de participantes mostraba la variedad de actores implicados en la representación de la Guerra Civil y el franquismo. Entre ellos estaban las autoridades políticas local y autonómica, que daban una pátina institucional al homenaje. Lo cubrían en mayor o menor medida los medios de comunicación regionales. Pero lo característico de un acto como este es que estaba organizado por una asociación local sin ayuda institucional y que también la mayoría de quienes intervenían venían de ese mundo asociativo.

En tercer lugar, estaban las claves de lectura del pasado propuestas, que en estos casos suelen ser esencialmente reivindicativas. No suele tratarse de abrir heridas ni de clamar venganza alguna, pero sí de contestar olvidos, reclamar reparaciones simbólicas y vindicar víctimas y valores frente a los que invocan otros grupos. En ese sentido, quienes intervenían en el acto y asistían a él estaban participando, siquiera de modo local, en el proceso de constante reelaboración de relatos que define nuestra relación con el pasado, sobre todo pretéritos traumáticos, y mostraban que esa tarea es colectiva y terreno de litigio². Y, por último, el acto es también revelador por el papel secundario que desempeñan a menudo en ello las y los historiadores. Todos y todas quienes intervinieron evocaban el pasado de República, guerra y posguerra e invocaban su utilidad, fuera la que fuese, en la construcción del presente. Sin embargo, solo uno de ellos era historiador, si entendemos por ello alguien que trabaja como investigador o docente y a quien se supone una *expertise* particular en ese periodo, y estaba ahí no tanto por eso cuanto por ser miembro de la asociación que organizaba el acto.

Este ensayo está animado por algunas de las preguntas que suscitaba a ese historiador lo que acabo de apuntar. Desde luego, no es ni puede ser un recorrido por todas las guerras civiles del último siglo, ni siquiera por sus memorias. Por los límites que imponen el espacio disponible y los conocimientos del autor, debe ser mucho menos. Se limita a interrogarse sobre los relatos elaborados en el espacio público sobre los conflictos bélicos fratricidas del Novecientos y, en general, sobre los pasados traumáticos, a poner encima de la mesa algunas de las claves de lectura más utilizadas y a preguntarse por sus relaciones con las que se proponen desde el ámbito académico. Su objetivo no es sino tratar de aportar algunas pistas que puedan ser útiles para contextualizar el estudio de guerras civiles como la española de 1936-1939 y el de sus relatos y memorias. Para ello, se proyecta una mirada muy general, aunque solo sea para contrapesar de algún modo la cierta *españolización* de la que ha adolecido a menudo la atención al caso de este país. Esa mirada constituye uno de los dos ejes alrededor de los que pivota un proyecto de investigación más amplio, que dirige después su

² Por ejemplo, al día siguiente, un diputado de Ciudadanos por Zaragoza censuraba que con actos y declaraciones así «se vuelva otra vez a los diferentes bandos, a enfrentar a las dos Españas»: http://www.eldiario.es/ragon/politica/Ciudadanos-Aragon-democratica-Espanas-enterrado_0_499400553.html.

interés de modo particular al caso español, y este texto no representa sino un primer avance provisional de ese trabajo.

PASADOS SOMBRÍOS QUE VUELVEN

Como todo puede cambiar, quizá en el futuro resulte curioso, o incluso extravagante, que se dediquen hoy tantas energías a reconstruir un pasado a la vez tan cercano que parece estar cosido al presente y lo suficientemente lejano como para que se nos escapen ya sus significados. En realidad, lo que sucede en España no tiene demasiado de particular. Es algo que se puede expresar de muchos modos y desde diferentes tradiciones teóricas, pero que resulta conocido: un fenómeno que parece definir el cambio de milenio, al menos en Occidente, es la «emergencia de la memoria», lo que responde a su vez a movimientos tectónicos de más hondo calado. Se ha hablado en ese sentido del presentismo de unas sociedades donde la mejor o peor asimilación del tiempo histórico parece haber dado paso a la celebración de un presente cargado de memoria. Y eso formaría parte de toda una dinámica epocal marcada por la recusación de la temporalidad de la modernidad, por el derrumbe de los grandes relatos y proyectos de cambio social y por la consiguiente cancelación de toda pulsión utópica. Fruto de esa clausura, y ante los muchos retos pendientes y la falta de guías de un presente en constante mutación, este sustituiría al mañana como horizonte. Tendería a atraer hacia sí el pretérito para darse un sucedáneo de arquitectura de continuidad y buscaría en él no solo anclajes identitarios y referentes colectivos, sino incluso los territorios de combate simbólico y redención que parecen diluirse en nuestros días y en el porvenir³.

Pero, para lo que aquí nos ocupa, lo importante se encuentra en dos vectores de ese fenómeno. En primer lugar, ocurre que el que emerge en retrospectiva no es un pasado cualquiera. Una vez más parece cumplirse lo sugerido en un conocido aforismo por Nietzsche en *Genealogía de la moral*, según el cual, cuando el hombre sintió la necesidad de procurarse recuerdos, «nunca pudo prescindir de sangre, torturas, sacrificios». Más que de páginas de la historia heroicas o de las que extraer lecciones positivas, se trata sobre todo de las que contienen las violencias, prácticas represivas de masas y guerras atroces que marcaron a sangre y fuego el siglo XX. Desde la masacre de los Herero en Somalia en 1904 por el ejército colonial alemán a las de tutsis y musulmanes en Ruanda y Bosnia nueve décadas después, pasando por el genocidio armenio en 1915 a manos turcas, las purgas en la URSS de Stalin, las matanzas japonesas en China (por ejemplo, en Nankin), el exterminio de judíos y gitanos por el III Reich, los bombardeos masivos y la guerra de aniquilación en el frente oriental durante

³ Traverso, Enzo, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Madrid, Marcial Pons, 2005 (emergencia de memoria, en pp. 13-19); id., *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, pp. 287-295; Hartog, François, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, Paris, Seuil, 2003, pp. 126 y *passim*; Jameson, Fredric, *Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham, Duke UP, 1991, pp. 279-296; Eley, Geoff, «The Past Under Erasure? History, Memory, and the Contemporary», *Journal of Contemporary History*, 46 (2011), pp. 555-573 (aquí pp. 555 y ss.); Robin, Régine, «Entre histoire et mémoire», en Brigitte Müller (ed.), *L'histoire entre mémoire et épistémologie*, Lausana, Payot, 2005, pp. 41-71 (aquí p. 47).

la II Guerra Mundial, las matanzas que acompañaron a la lucha por la descolonización o la eliminación de masas en la Revolución cultural china o en la Camboya de Pol-Pot, quién necesita imaginar distopías si mirando atrás se acumulan ya horrores muy reales. Y se trata de sus víctimas, aunque no para abrir la puerta al cumplimiento de sus esperanzas de ayer, como pedía Walter Benjamin, porque su presencia y evocación actuales han perdido por el camino los sueños, luchas, compromisos, conquistas y derrotas de que podían ser depositarias. Se invocan más bien con lógicas más modestas, como la que recoge para el caso español un informe sobre el Valle de los Caídos: la presencia e incluso «centralidad» de las víctimas en la rememoración deben simbolizar «el vacío ético» generado por esos fenómenos represivos y bélicos⁴.

Por qué es casi siempre ese y no otro pasado no está nada claro. La respuesta más inmediata que viene a la cabeza es que los horrores del Novecientos no tienen parangón en la historia. El origen de eso puede describirse como la combinación de los avances en la tecnología bélica y de ideologías de masas que suministraban «imperativos superiores» y «una justificación moral» para usar esa tecnología hasta el límite —por ejemplo, para implementar proyectos de ingeniería social—. O de modo alternativo, cabría verlo, en los términos propuestos desde la Escuela de Fráncfort, como el brutal epítome de la fusión de ideología y técnica en la razón instrumental de la modernidad. Pero, en todo caso, el resultado fue devastador: se tradujo en lo que se ha denominado «guerra total», un poco digno legado del siglo pasado, y llevó la producción de la muerte y toda suerte de sufrimientos a mayores contingentes de personas que nunca y a sociedades enteras. Es probable además que no le sea ajeno el fenómeno contemporáneo de la universalización del trauma como modo de experimentar y dar sentido a la realidad y a la historia, leída cada vez menos como progreso que como cadena de traumas. Quizá nos volvamos igualmente tanto hacia esas oscuras facetas del pasado para exorcizarlo y disociarlo del en teoría mejor presente, acaso porque es menos expuesto fiscalizar tragedias de ayer que hacerlo con las que a pesar de todo persisten en el mundo de hoy⁵. Y ligado a ello, opera también con seguridad el desencanto ante el incumplimiento de las promesas de igualdad, libertad y bienestar de los dos grandes proyectos de Estado y sociedad que vencieron al fascismo y se repartieron el mundo hasta 1989 —comunismo y democracia capitalista—. De este modo y en algún punto difícil de precisar, entre mayo de 1968 y la caída del Muro de Berlín, se volvería la vista atrás y se formularía una pregunta inquietante: si para tener esto había merecido la pena el inenarrable precio que se pagó décadas atrás. En sociedades de masas más o menos pluralistas, que a pesar de todo generan espacios de discusión y discursos alternativos a los oficiales, ni es fácil evitar una pregunta así ni controlar las respuestas al modo como se hiciera, tiempo atrás, cuando los relatos sobre el pasado y el presente eran cosa de élites y de los Estados.

⁴ Ministerio de la Presidencia, *Informe: Comisión de Expertos para el Futuro del Valle de los Caídos*, Madrid, Ministerio de la Presidencia, 2011. Lo de las víctimas, en Traverso, Enzo, *La historia como campo...*, op. cit., pp. 295-296. Para un censo colectivo de esas y otras matanzas, véase <http://www.sciencespo.fr/mass-violence-war-massacre-resistance/en/homepage>.

⁵ La disociación pasado-presente, en Judt, Tony, *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 2008, p. 15. Los imperativos superiores de justificación moral, en Hobsbawm, Eric J., *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 138-139.

Sea como fuere, un segundo punto a retener tiene que ver con los efectos de la emergencia de esos pasados casi siempre mortíferos, de haber convertido los horrores del último siglo en eje de las narrativas sobre la historia reciente. Podría aludirse a que uno de ellos es que, al pintar solo con tonos tétricos y dolientes las experiencias bélicas y revolucionarias, en las que con mayor o menor acierto se luchó por otros proyectos de sociedad, podría ser que estemos dejando fuera de la foto los horizontes utópicos y dimensiones constructivas que pudieran contener, y contribuyendo así a modelar un presente naturalizado sin alternativas ni esperanzas en que pueda mejorar sustancialmente. Se puede, sin embargo, encontrar otras posibles consecuencias. Una de ellas es que esa emergencia no es solo cosa de minorías. No lo es, por un lado, porque se produce sobre la rememoración de fenómenos —guerras, prácticas represivas, genocidios— que afectaron a sociedades enteras y que, por tanto, proporcionan a toda la población una experiencia propia más o menos directa que registrar y luego recordar y transmitir (o reprimir). Y no lo es, por otro lado, porque, al producirse la rememoración posterior de esos sucesos en sociedades con al menos un mínimo de espacios democráticos y tasas de instrucción pública, puede tener un amplio alcance ciudadano. Ese alcance se puede medir en clave de participación, con actores que toman la palabra y proponen significados y relatos para esos hechos al margen de los cauces académicos o institucionales, o exigiendo a estos últimos actuaciones en materia de políticas hacia el pasado o justicia retributiva, aunque se mide asimismo en términos de interés, eco y hasta complicidad por parte de la población. Aunque con lógicas diferencias entre unos países y otros, en el recuerdo y gestión de esos pasados se involucran un sinnúmero de actores que proponen miradas muy dispares y que cambian con el paso del tiempo. Cada traumatismo colectivo puede conocer trayectorias dispares y pasar por fases de olvido, rechazo, despertar, contestación, reconocimiento y legitimidad⁶.

En parte por eso mismo, otra consecuencia es que esas miradas son a menudo difíciles y conflictivas. Son difíciles, en términos generales, por la carencia de instrumentos para pensar y verbalizar la muerte y su perpetración deliberada, que parece evidente al menos en las sociedades occidentales actuales. En ellas, la violencia parece tan ausente en el día a día como omnipresente en los artefactos culturales de consumo visual, o quizá habría que decir que unas formas de violencia están tan invisibilizadas como otras sobreexpuestas, y de cualquier forma todo eso le da esa irrealidad y esa mezcla de fascinación y rechazo hacia ella características de nuestro tiempo. Su teórica condena por la tradición política liberal, en tanto que anomalía y retrógrada antítesis de la fuerza moral del progreso y de la modernidad, tampoco facilitan su aprehensión y gestión discursiva. De ahí que los sucesos y fenómenos violentos sean a menudo remitidos al campo semántico de lo excepcional y aislado, de lo irracional

⁶ Entre los estudios más destacados sobre esas fases, destaca el trabajo pionero de Rousso, Henry, *Le syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, París, Seuil, 1990. Sobre los nuevos actores involucrados en la creación de relatos y memorias, véanse por ejemplo Bonnet, Véronique (dir.), *Conflits de mémoire*, París, Karthala, 2004; Branche, Raphaëlle, *La guerre d'Algérie: une histoire apaisée?*, París, Seuil, 2005; Hoyos, Guillermo (ed.), *Las víctimas frente a la búsqueda de la verdad y la reparación en Colombia*, Bogotá, Universidad Pontificia Javierana, 2007; Bilbija, Ksenija, y Payne, Leigh A. (eds.), *Accounting for Violence: Marketing Memory in Latin America*, Durham, Duke UP, 2011; y, desde otra perspectiva, Borneman, John, *Settling Accounts: Violence, Justice and Accountability in Postsocialist Europe*, Princeton, Princeton UP, 1997.

y atávico, atribuidos a meras patologías y criminalidades —individuales o colectivas— y al «otro» situado fuera de nuestras comunidades, o simplemente dejados fuera del foco y reprimidos⁷. Con todo, las dificultades para aprehender lo violento atraviesan otras tradiciones políticas y filosóficas, incluido el marxismo —según Balibar, por su falta de una antropología de la violencia y por el peso en él de un optimismo ahistórico—, y supone para las variadas disciplinas científicas que lo abordan todo un reto que lleva a su límite la capacidad de la razón para objetivar la realidad.

La propia historiografía no escapa a esas dificultades. Ni que decir tiene que la investigación histórica ha permitido avanzar extraordinariamente en la indagación y conocimiento de esas páginas del pasado y en la transmisión de este fuera de las fronteras de la disciplina. Se mire a la barbarización del *warfare* en las guerras mundiales, al terror en la URSS de Stalin, a la *Shoah* o al conjunto de campañas de limpieza étnica y política del segundo conflicto mundial, por circunscribirnos solo a la primera mitad de ese siglo en Europa, son legión los trabajos sobre los principales procesos violentos del siglo XX. El corpus bibliográfico es tan amplio, pero además a menudo tan rico en términos cualitativos, que ha dejado atrás lecturas más o menos estereotipadas y superado el nivel de la crónica, la descripción factual y las controversias binarias sobre las responsabilidades. En muchos casos ha atravesado los análisis ideológicos y políticos en sentido estrecho para ensayar ambiciosos proyectos de historia social y cultural de la violencia. Y con frecuencia, además de grandes monografías, aporta ya proyectos más amplios y miradas comparadas⁸. Sin embargo, no es casual que algunas de las principales reflexiones, controversias y posiciones críticas sobre sus posibilidades y límites a la hora de representar el pasado, e incluso sobre la naturaleza de sus criterios de validación, se hayan dado al debatir sobre si se puede y cómo comunicar fenómenos masivos de violencia en general. El mejor ejemplo es quizá el de un famoso libro colectivo de 1992 sobre la representación del Holocausto. Según su editor, S. Friedländer, la *Shoah* desafía las categorías

⁷ Véanse, entre otros muchos, Hobsbawm, E. J., *Guerra y paz...*, *op. cit.*, p. 136; id., *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Barcelona, Ariel, 1978, pp. 294-296; Žižek, Slavoj, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Barcelona, Paidós, 2009 [2008], pp. 9-53 y 244 y ss.; Maffesoli, Michel, *Essais sur la violence banale et fondatrice*, París, Librairie des Méridiens, 1984 (*v. gr.* p. 15); García Selgas, Fernando J., y Romero, Carmen (eds.), *El doble filo de la navaja. Violencia y representación*, Madrid, Trotta, 2006; Passmore, Kevin, «Introduction: Political Violence and Democracy in Western Europe, 1918-1940», en Chris Millington y Kevin Massmore (eds.), *Political Violence and Democracy in Western Europe, 1918-1940*, Basingstoke, Palgrave, 2015, pp. 1-12.

⁸ Para remitir solo a algunos ejemplos, la mayoría de amplio alcance cronológico, *vid.* Horne, John, y Kramer, Alan, *German Atrocities, 1914. A History of Denial*, New Haven, Yale UP, 2001; Traverso, Enzo, *La violencia nazi. Una genealogía europea*, Buenos Aires, FCE, 2002 [2002]; Baldissara, Luca, y Pezzino, Paolo (dirs.), *Crimini e memorie di guerra. Violenze contro le popolazioni e politiche del ricordo*, Nápoles, L'Anchora del Mediterraneo, 2004; Mann, Michael, *El lado oscuro de la democracia. Un estudio sobre la limpieza étnica*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009 [2005]; Kramer, Alan, *Dynamic of Destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Londres, Oxford UP, 2007; Snyder, Timothy, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011 [2010]; Gerlach, Christian, *Extremely Violent Societies. Mass Violence in the Twentieth-Century World*, Cambridge, Cambridge UP, 2010; Bloxham, Donald, y Gerwarth, Robert (eds.), *Political Violence in Twentieth-Century Europe*, Nueva York, Cambridge UP, 2011. Desde España, véase Rodrigo, Javier (ed.), *Políticas de la violencia. Europa, siglo XX*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

tradicionales de representación, lleva al límite los instrumentos de la historiografía y plantea problemas estéticos, intelectuales y morales que revelan que no es posible un relato integrado. Otros autores iban más lejos. Para D. Lacapra, ese tema revela como ninguno hasta qué punto la búsqueda de la objetividad debe redefinirse desde el punto de vista de las inevitables transferencias del historiador hacia el pasado historiado, mientras que H. White sugiere que los modos «realistas» de la narración histórica son incapaces de transmitir la experiencia de lo antes inimaginable —el Holocausto, la guerra total, Hiroshima— y que esos eventos exigen una escritura alternativa que llama «intransitiva»⁹.

Y además de difíciles, aunque en parte por eso mismo, las representaciones de esos pasados resultan conflictivas. Lo son porque involucran a distintos actores que proponen miradas diversas, y porque nutren y responden a los intereses e identidades de comunidades y grupos distintos y en ocasiones enfrentados. Lo son, asimismo, porque siempre quedan grandes lagunas en el conocimiento de lo ocurrido. Los regímenes que siguen a las guerras y violencias de masas tienden a distorsionarlo y usarlo en términos de propaganda, e incluso hasta los más fanáticos suelen camuflar sus propias campañas represivas. Los perpetradores casi nunca dejan vestigios ni reconocen su participación, sobre todo *a posteriori*, para no ser objeto de oprobio, censura o actuaciones judiciales. Y menos razones tienen aún para hablar las personas y grupos victimizados, sobre todo cuando conviven con los verdugos y bajo sistemas políticos que los protegen. En casos así, el miedo les hace guardar silencio sobre el pasado y «mantener en secreto que hay un secreto»¹⁰. Como resultado, rara vez y siempre con retraso se pueden establecer los datos básicos sobre las dimensiones, rostros y naturaleza de lo sucedido, lo cual supone un primer obstáculo de cara a comunicarlo y elaborar el duelo. Pero, desde luego, son conflictivas también por algo aún más obvio. Tras la sangre, torturas y sacrificios a que se refería Nietzsche hay siempre dolores, injusticias y desigualdades que rara vez pueden integrarse de manera efectiva en narraciones ampliamente compartidas. El propio hecho violento crea una dicotomía radical entre víctimas y victimarios que tienen y proyectarán hacia el futuro relaciones asimétricas con ese pasado —en términos de afirmación o silencio, de glorificación o trauma, de reivindicación o rechazo según los casos—. Desde luego, ese será el caso cuando los regímenes y sociedades posteriores profundicen esa divisoria primordial, por ejemplo en clave de vencedores y vencidos. Pero hasta cuando no es así, en muchas ocasiones los perseguidos y sus familias conviven con los perpetradores y con desiguales visibilidad, reconocimiento oficial y acceso a los espacios de producción de relatos colectivos sobre su experiencia.

⁹ Friedländer, Saul (comp.), *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2008 [1992], pp. 21-46, 69-91 y 171-198 para las contribuciones de Friedländer, H. White y D. Lacapra, respectivamente. Otro ejemplo sobresaliente sería el de Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003. Lo de Étienne Balibar, su «La violence: idéalité et cruauté», en *La crainte des masses: politique et philosophie avant et après Marx*, París, Galilée, 1997, pp. 407-418.

¹⁰ De Swaam, Abram, *The Killing Compartments: The Mentality of Mass Murder*, New Haven, Yale UP, 2015, p. 6.

BELLUM EVENTUM REMEMORATIVUM

La guerra, sobre todo si se considera más allá de lo epifenoménico, resulta el mejor ejemplo de todo lo anterior. En tanto que procesos de amplia violencia por antonomasia, pero también como escenarios que albergan las prácticas represivas de mayor alcance, los conflictos bélicos del último siglo están casi siempre tras las miradas difíciles y conflictivas al pasado reciente. Quizá en ningún otro fenómeno social se cruza una mezcla tan explosiva de ubicuidad y radical historicidad, tamaña multiplicidad casuística ni sobre todo una combinación semejante de consideraciones morales y justificaciones políticas e ideológicas como lo que se encuentra alrededor del fenómeno bélico. Por su propia naturaleza, pero también quizá por la aparente lejanía que nos separa de ella, en Occidente la guerra resulta un tema ajeno y difícil de pensar. De hecho, hasta los estudiosos concluyen que, como el misterio que es, «continuará esquivando una completa comprensión»¹¹. Todo ello condiciona desde luego su definición y transmisión. Rara es la contienda reciente que no provoca debates de amplia trascendencia pública, a la que no rodea un alboroto de relatos encontrados, cuya experiencia no se ha traducido en traumas que lastran a sectores más o menos amplios de la comunidad y que no genera memorias diversas y en competencia que pasan por fases de olvido, recuerdo, lucha y protagonismo. La guerra es en sí misma un «eventum rememorativum» que marca la memoria y biografías de generaciones enteras, porque supone para ellas un antes y un después, dinamita las actitudes de todos hacia cuestiones tales como la vida y la muerte y marca el final del sueño «de una coexistencia colectiva pacífica»¹².

Claro que eso no siempre ha sido así. Antes, con mucha frecuencia la historia de la guerra fue contada «como una epopeya». Tradicionalmente, estadistas, cronistas, literatos, historiadores e incluso testigos tendían a describir las guerras como sucesiones de batallas y campañas protagonizadas por reyes, generales y caudillos. De algún modo, podría verse como una derivada natural de un fenómeno mucho más amplio: el hecho de que, durante la mayor parte de la historia, un «ethos marcial ha dominado el pensamiento y acciones de las clases gobernantes y aristocráticas» de las ciudades-Estado, imperios, teocracias, monarquías feudales, Estados dinásticos y Estados-nación, al menos hasta que, en el marco de las democracias liberales del siglo XX, la guerra empezara a ser considerada una patología. Desde al menos Heródoto, durante siglos, si no milenios, la guerra ha sido «el tema princi-

¹¹ Audoin-Rouzeau, Stéphane, *Combattre. Une anthropologie historique de la guerre moderne (XIX-XXI siècles)*, Paris, Seuil, 2007, p. 10; y Coker, Christopher, *Men At War: What Fiction Tells us About Conflict, From The Iliad to Catch-22*, Oxford, Oxford UP, 2014, p. 293. Véase también Bouthoul, Gaston, *El fenómeno guerra*, Barcelona, Plaza & Janés, 1971, pp. 14-26. Según Philip K. Lawrence, Occidente no ha sido consciente de las consecuencias de sus medios de destrucción masivos y de su implicación en la violencia de masas —¿o acaso no ha querido serlo?— y eso lastra la capacidad para aprehender el hecho bélico: «Enlightenment, Modernity and War», *History of the Human Sciences*, 12:1 (1999), pp. 3-25.

¹² Resta, Eligio, «Introducción: la enemistad, la humanidad, las guerras», en Albert Einstein y Sigmund Freud, *¿Por qué la guerra?*, Barcelona, Minúscula, 2001, pp. 7-62 (citas en p. 12).

pal de la escritura histórica y del lenguaje político»¹³. Pero no era solo el qué, sino también el cómo y con qué protagonistas. En *Guerra y paz*, Tolstói ejemplificaba con cómo se trataban las guerras lo que consideraba la mayor ceguera de los historiadores hasta su tiempo: la presentación del pasado como una narración monopolizada por grandes personajes y «genios» y sin cabida para los pueblos, para el conjunto de hombres y mujeres anónimos que experimentan, posibilitan, libran y lloran tanto las guerras como la propia marcha de la historia¹⁴. Si esta la escriben siempre los vencedores, hasta el siglo pasado se trataba además de sus élites, que vencían doblemente sobre el vencido y sobre las sociedades propias que sostenían y sufrían el conflicto, y lo hacían además no solo en el campo de batalla, sino también al producir después crónicas de la actividad guerrera en clave heroica. Como resultado de ello, la mayoría de las representaciones de la guerra transitaban, al menos hasta bien entrado el siglo XX, los argumentos, mixtificaciones y lógicas de reyes, estrategas y Estados. Reservada a los miembros de las minorías la elaboración y publicitación de memorias, relatos históricos, manifestaciones artísticas y propaganda sobre las guerras, apenas pudieron colarse en ellos durante siglos las rasgadas voces de los anónimos peatones de la historia y de la experiencia real de lo bélico.

Sin esas voces, tendían a ser descritas en tonos de épica romántica, lírica combativa y héroes salvíficos. Han sido así narradas y justificadas como escenario de lucha por dioses y patrias, por el engrandecimiento de reinos e imperios, por la extensión de supuestas civilizaciones, como guerras santas y en defensa y respuesta ante ataques previos y amenazas. Para algunas generaciones y corrientes culturales, incluidas algunas recientes como las ligadas al futurismo y al fascismo, constituían una experiencia ennoblecedora de aventura y trascendentalización personal y potenciaban cualidades como el valor, la camaradería, el sacrificio, el coraje y el desapego a lo material. No faltaban las que veían en los conflictos bélicos ocasiones para el recambio de élites y generaciones, el estímulo de la tecnología, la creación de solidaridades nacionales y sociales o incluso para el control demográfico. Añádase que toda una tradición de pensamiento político moderno, cuyo primer exponente fue quizá Maquiavelo, contempla la violencia y la guerra como elementos nucleares de la acción de todo gobernante y las presenta como un *medio* perfectamente lícito y aun necesario para la obtención de recursos externos y obediencia interna. En los albores de la contemporaneidad, nada menos que Hegel encontraba en la guerra un «elemento moral» que la llevaba a ser no tanto el mal absoluto cuanto una fuente de «la salud ética de los pueblos». No se trata de que Hegel fuera un apologista de la guerra, sino que interpretaba el carácter «racional» y necesario de la misma como actividad esencial del Estado. Sin embargo, su formulación remitía a una lectura en clave de teodicea secular, en la medida que parece sugerir

¹³ Manning, Roger B., *War and Peace in the Western Political Imagination: From Classical Antiquity to the Age of Reason*, Londres, Bloomsbury, 2016, pp. X y XII. Lo de la epopeya, en Sémelin, Jacques, *Purificar y destruir. Usos políticos de las masacres y genocidios*, Buenos Aires, Universidad de San Martín, 2014 [2005], p. 144.

¹⁴ Tolstói, León, *Guerra y paz*, Barcelona, Planeta, 1988 [1865], pp. 728-730, 991-993, 1186, 1358-1359. Sobre el escritor ruso, la guerra y su pacifismo, puede verse Gallie, W. B., *Filósofos de la paz y de la guerra. Kant, Clausewitz, Marx, Engels y Tolstói*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979 [1978], pp. 195-253.

que, más allá de las destrucciones y sufrimientos que provoca, la guerra era un medio más, una «argucia» al servicio de ese verdadero «resultado de la Historia universal» que sería la realización del Espíritu del mundo y, más en concreto, la del Estado moderno¹⁵.

Aunque similares imágenes y representaciones han pervivido a lo largo del siglo XX, la experiencia de las guerras de esa centuria ha hecho que el relato hoy mayoritario sobre los enfrentamientos bélicos haya cambiado sustancialmente tanto en la forma como en el fondo. De toda guerra puede decirse que supone una cesura antropológica para quienes combaten y se ven invadidos por ella, en la medida que arrojan a un universo diferente que despliega reglas distintas y metamorfosea los comportamientos, sobre todo en el sentido de exacerbar las fronteras nosotros / ellos, de transformar a personas ordinarias en asesinos y de sustituir las inhibiciones por la impunidad. De igual modo, los conflictos bélicos han registrado siempre a lo largo de la historia matanzas de civiles, no solo en el siglo pasado, y han contado con líderes políticos y militares y con poblaciones que encontraban necesario extender al conjunto de la población enemiga el concepto de *objetivo militar*. Desde ese punto de vista, algunos estudiosos consideran urgente revisar la «extraña idea» según la cual los civiles han empezado a sufrir las guerras y sus matanzas en el Novecientos, puesto que muchos de sus horrores se ensayaron en el expansionismo imperialista europeo del siglo anterior y la noción de la *guerra limitada* y la protección de los civiles habría sido históricamente más excepción que norma, y la pretensión actual de humanizar la guerra, además de lo que pueda tener de oxímoron, resulta en el mejor de los casos irónica¹⁶. Ahora bien, sigue siendo cierto que todo eso llega a su máxima expresión en la era de las guerras totales del siglo XX.

Si bien ha hecho considerable fortuna en los medios académicos, el concepto de *guerra total* no está exento de discusión, ni su aplicación de alguna dificultad, como el riesgo de convertirlo en un cajón de sastre o su relativa indefinición. En particular, requiere mayor debate explicar de modo más preciso la influencia de la guerra total en las prácticas políticas y violentas, y es posible que en ocasiones se tienda a exagerar lo que de inédito tienen las

¹⁵ Sánchez Durá, Nicolás (ed.), *La guerra*, Valencia, Pre-Textos, 2006 (y en concreto, para Hegel, Julián Marrades Millet, «Estado y guerra en Hegel», pp. 11-34) y Manning, Roger B., *War and Peace in the Western Political Imagination...*, *op. cit.* Algunas otras miradas a esas cuestiones, además del citado Gallie, W. B., *Filósofos de la paz y de la guerra*, en Fini, Massimo, *Elogio della guerra*, Milán, Mondadori, 1989; Le Bras-Chopard, Armelle, *La guerre. Théories et idéologies*, París, Montchrestien, 1994; Dyer, Gwynne, *Guerra. Desde nuestro pasado prehistórico hasta el presente*, Madrid, Belacqua, 2007 [2004]; Parker, Geoffrey (ed.), *Historia de la guerra*, Madrid, Akal, 2010 [2005]; Gat, Azar, *War in Human Civilization*, Oxford, Oxford UP, 2006; Chickering, Roger; Showalter, Dennis, y Van de Ven, Hans (eds.), *The Cambridge History of War*, volume 4: *War and the Modern World*, Cambridge, Cambridge UP, 2012; Black, Jeremy, *War in Europe: 1450 to the present*, Londres, Bloomsbury, 2016. Para una reflexión original aunque por momentos confusa, Sánchez Ferlosio, Rafael, *God & Gun. Apuntes de polemología*, Barcelona, Destino, 2008.

¹⁶ Slim, Hugo, *Killing Civilians: Method, Madness, and Morality in War*, Nueva York, Columbia UP, 2008 (la «extraña idea», en p. 71), y Coker, Christopher, *Humane Warfare*, Londres, Routledge, 2001. Una mirada menos pesimista, en Losurdo, Domenico, *Un mundo sin guerras. La idea de paz, de las promesas del pasado a las tragedias del presente*, Barcelona, El Viejo Topo, 2016 [2016]. La cesura y cambios que impone la guerra, por ejemplo, en Sémelin, Jacques, *Purificar y destruir...*, *op. cit.*, pp. 153 y 156-158.

guerras del siglo XX con respecto a las del en realidad poco pacífico siglo XIX¹⁷. Con todo, resulta necesario atender a las novedades que trajeron a la práctica y experiencia bélicas y que, al parecer, llegaron para quedarse. El nuevo modo de combatir significaba que la guerra sobrepasaba los frentes y alcanzaba al conjunto de la sociedad. Suponía altos niveles de organización y sofisticación de la tecnología militar, la ideologización de la lucha y el uso de medios y aparatos de propaganda para el control militar y social de la población y para involucrarla en el esfuerzo bélico. E implicaba la movilización completa de los recursos humanos, materiales y culturales al servicio de la guerra, que se difuminaran de modo radical las fronteras entre combatientes y civiles y entre enemigos internos y externos y un afán destructivo sin precedentes tanto en los frentes como, cada vez más, en las retaguardias. Eso explica que las guerras se convirtieron en auténticos «catalizadores» de violencia que condujeron «a un incremento exponencial de la dimensión mortífera» de las prácticas represivas. Elias Canetti lo expresó de un modo muy gráfico: en esas contiendas, «cada bando quiere constituir la mayor masa de luchadores vivos y que el contrario acumule la mayor pila de muertos»¹⁸.

Que esto fuera así, en particular contra las poblaciones civiles, no sería por tanto fruto de ninguna suerte de regresión civilizatoria, sino el resultado muy «moderno» de aplicar a la actividad guerrera los medios y capacidades de Estados más poderosos. Eso permitiría a los contendientes aspirar a fines más radicales, como imponer victorias incondicionales e incluso implementar proyectos de ingeniería social. Explicaría que muchas de las guerras interestatales del siglo XX, incluidas las dos mundiales, adquirieran los contornos de contiendas civiles, porque se libraban también o incluso sobre todo más allá de los frentes, tratando de derrotar y reconfigurar sociedades enteras. Permite entender el cambio producido en cuanto al estatus moral de los civiles. Desde que la tecnología permite atacar las retaguardias, para hacerlo se hace preciso extender a los civiles la categoría de enemigo y los modernos medios de propaganda posibilitan crear y difundir como nunca antes imágenes maniqueas, odios

¹⁷ McMillan, James, «War», en D. Bloxham y R. Gerwarth (eds.), *Political Violence in Twentieth-Century Europe*, pp. 40-86 (aquí en pp. 43-49). Cf. Maier, Hans, «Potentials for Violence in the Nineteenth Century: Technology of War, Colonialism, 'the People in Arms'», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 2:1 (2001), pp. 1-27.

¹⁸ Cit. en Coker, Christopher, *War and the 20th Century. A study of War and Modern Consciousness*, Londres, Brassey's, 1994, p. 93. El entrecomillado anterior, en Mazower, Mark, «Violencia y Estado en el siglo XX», *Historia Social*, 51 (2005), pp. 139-160 [2002], p. 159. Sobre la «guerra total», junto a las referencias generales de una nota anterior, pueden verse Yamanouchi, Yasushi, et al. (eds.), *Total War and 'Modernization'*, Ithaca, Cornell UP, 1998; Chickering, Roger; Foster, Stig, y Griner, Bernd (eds.), *Great War, Total War: Combat and Mobilization on the Western Front, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge UP, 2000; id. (eds.), *A world at total war: global conflict and the politics of destruction, 1937-1945*, Cambridge, Cambridge UP, 2005; Causarano, Pietro, et al. (dirs.), *Le XXe siècle des guerres*, París, Éditions de l'Atelier / Éditions Ouvrières, 2004; Duménil, Anne; Beaupré, Nicolas, e Ingraio, Christian (dirs.), *1914-1945. L'ère de la guerre*, París, Agnès Viénot Éditions, 2004, 2 vols.; Kassimeris, George (ed.), *The Barbarisation of Warfare*, Londres, Hurst & Co., 2006; Wheatcroft, Stephen G., y Welch, Steven R. (eds.), «Terror, Total War and Genocide in the Twentieth Century», *Australian Journal of Politics & History*, 53, 1 (2007); Geyer, Michael, y Tooze, Adam (eds.), *The Cambridge History of the Second World War*, volume 3: *Total War: Economy, Society and Culture*, Cambridge, Cambridge UP, 2015. Dos buenos sumarios historiográficos, en Imlay, Talbot, «Total War», *The Journal of Strategic Studies*, 30 (2007), pp. 547-570 y Mulligan, William, «Total War», *War in History*, 15 (2008), pp. 211-221.

abstractos y todo un «absolutismo moral» que lo hacen posible¹⁹. Y, para lo que aquí nos interesa, hace posible comprender lo que las guerras de la última centuria han tenido de cesuras primordiales en la vida individual y colectiva, en tanto que conflictos que movilizan, afectan, victimizan y llevan la devastación a sociedades enteras y que aplastan psicológicamente y reifican como nunca antes las identidades —reduciendo a cada cual a amigo o enemigo—.

Todo eso ha influido al menos de dos formas en la manera de representarlas. En primer lugar, un rasgo característico de esas guerras parece haber sido la «pulsión» no de callar sino de contar la experiencia bélica. Se trata probablemente de una combinación de varios factores, como el hecho mismo de que esos conflictos involucraron a más combatientes y víctimas que nunca, y asimismo las crecientes posibilidades de transmisión de esa experiencia en el marco de poblaciones con cada vez más recursos culturales. Desde luego, no es algo universal. Ese contar se despliega cuando las condiciones políticas y equilibrios sociales no fuerzan al silencio de las víctimas y permiten cauces y espacios públicos para tomar la palabra. En el caso de quienes combatieron en esas guerras, se refiere mucho menos al protagonismo en las matanzas —en combate o fuera de él— que a otras dimensiones de la vivencia bélica como «la creación de vínculos viriles (el llamado *male bonding*), las penalidades del frente y el terror indescriptible a la muerte». Y en sus relatos, que con seguridad buscaban encontrar sentido en medio del horror y justificar la participación en una experiencia tan brutal, incurren en lugares comunes e idealizaciones y resultan a menudo fantásticos y fallidos, quizá por los «conflictos imposibles de resolver» que la guerra plantea a los individuos y por la falta de referentes culturales previos cuando se intenta comunicar la «transgresión definitiva, a saber el acto de matar a otro ser humano». Sea como fuere, en esos casos, se observa desde la Gran Guerra una suerte de necesidad de dejar testimonio de lo vivido y sufrido, que algunos estudiosos llegan a considerar que se traduce en una auténtica «hipermnesia»²⁰.

La segunda manera en que ha influido tiene que ver con lo que ahora domina en los relatos de las guerras del último siglo. Tras la brutal vivencia de la I Guerra Mundial, que puso a Europa de frente ante la atroz realidad de la contienda moderna, y después de la multiplicación de las cotas de devastación y aniquilación que trajo consigo para las poblaciones el segundo conflicto mundial, incluyendo el Holocausto o la seta atómica, se abrió un abismo en los imaginarios colectivos respecto de la decimonónica confianza en la marcha positiva de la historia. A ello se añadieron otros desarrollos del siglo XX. La gradual democratización política y cultural de las sociedades hizo posible que crecientes segmentos de la población tuvieran acceso a canales de elaboración y difusión de sus propias representaciones de lo bé-

¹⁹ Glenn, J., *Guerreros. Reflexiones del hombre en la batalla*, Barcelona, Inèdita, 2004 [1959], pp. 154-156, mientras que lo de las guerras mundiales con rasgos de guerra civil está en Traverso, Enzo, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009 [2007].

²⁰ Caso de Audoin-Rouzeau, Stéphane, *Combatre...*, *op. cit.*, pp. 11-12. Las frases entrecomilladas, en Bourke, Joanna, *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2008 [1999], pp. 10, 16 y 362. Véase sobre eso también íd., «Remembering War», *Journal of Contemporary History*, 39 (2004), pp. 473-485, y Fusell, Paul, *Tiempo de guerra. Conciencia y engaño en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Turner, 2003 [1989], *v. gr.* pp. 147-225.

lico, a menudo opuestas a las más asépticas y codificadas propuestas por sus Gobiernos. La creciente atención pública prestada al lado más brutal de otras contiendas del siglo pasado, entre muchas otras la de Vietnam, ha seguido proyectando una imagen cada vez más sombría del hecho guerrero. Finalmente, el golpe de gracia sobre la representación optimista de la guerra lo ha dado la coyuntura del cambio de siglo y milenio. La caída del Muro de Berlín en 1989 y la tozuda realidad de un mundo que se aleja de las utopías y horizontes de equidad y justicia parecen haber sembrado la duda sobre cualquier idea de progreso y se diría que eso ha rebajado *a posteriori* el umbral de tolerancia ante el correr de la sangre masivo del Novecientos. Más aun, agostada la confianza en un uso controlado y legítimo de la guerra y la violencia, ambas se han convertido en la «figura central del mal»²¹.

De modo que el retrato de las guerras que prima hoy es mucho menos optimista. No son pocos los que habían considerado en los siglos anteriores la guerra como uno de los peores males del mundo. La guerra es nefanda, escribía por ejemplo Kant, porque hace más hombres malos que los que mata. La diferencia estriba en que ha pasado a ser vista como el peor de todos los males. Aunque no hacía sino reflejar un estado de espíritu extendido tras la Gran Guerra de 1914-1918, fue quizá Albert Einstein uno de los que antes y de modo más explícito lo reflejó. En un diálogo epistolar mantenido con Sigmund Freud en 1932 a instancias de la Sociedad de Naciones, el científico alemán se planteaba la pregunta, «la más importante de las que se le plantean a la civilización», de si hay alguna manera de «liberar a los seres humanos de la fatalidad de la guerra». Esa fatalidad que, al margen de justificaciones y difusas razones de Estado, había sembrado Europa de cadáveres y esperaba agazapada para seguir haciéndolo en mayor grado. Por esos mismos años, la pensadora francesa Simone Weil encontraba que la guerra no es fruto del déficit de política, sino su «marca originaria», pero concluía que toda guerra es injusta, que cosifica y barbariza a todo el que participa en ella y que es el mayor obstáculo a la emancipación de la humanidad²². Son solo algunos ejemplos, entre los muchos que arrojan el arte y la cultura del siglo XX y lo que llevamos del XXI en un sinfín de manifestaciones entre las que ni siquiera el cine de Hollywood ha acabado siendo una excepción. Revelan un viraje decisivo en el modo de representar las guerras que tiende a destacar de ellas ya no su aspecto épico sino, al contrario, lo que tienen del peor de todos los males y de carnicerías esencialmente insensatas.

Ese relato dominante tiene buenos argumentos para resultar creíble y ampliamente compartido. Después de todo, lo que caracteriza en última instancia a la guerra más allá de su enorme diversidad histórica de causas, etiología, dimensiones y efectos, es precisamente constituir un proceso de violencia organizada y coordinada a gran escala entre dos o más bandos al menos mínimamente organizados. Incluso si se acepta la controvertida definición de Karl von Clausewitz, según la cual la guerra es la política por otros medios, esos medios son el enfrentamiento armado generalizado, la destrucción mutua entre los contendientes

²¹ Expresión de Wieviorka, Michel, *La violence*, París, Hachette, 2005, p. 314.

²² Weil, Simone, *Escritos históricos y políticos*, Madrid, Trotta, 2007 [1960], pp. 271-273, 287-310 y 325-334. Lo de Einstein, en el citado Einstein, Albert, y Freud, Sigmund, *¿Por qué la guerra?...*, *op. cit.*, pp. 63-69.

y la muerte de masas²³. Dicho de modo directo, la guerra es la manifestación más brutal y masiva de violencia en las sociedades humanas. Las cifras de víctimas de los procesos bélicos, que en los últimos siglos alcanzan balances millonarios, son la más dramática prueba de ello. Por ejemplo, se calcula que hasta una treintena de guerras han contabilizado más de un millón de muertos, 18 de ellas en la pasada centuria y otras cinco en el siglo XIX. Casi es innecesario recordar que descuella por encima de todas la II Guerra Mundial, con su aterrador cómputo de unos 60 millones de pérdidas humanas. Pero al mismo tiempo, esas cifras se producen no solo por la actividad guerrera en sí, sino también porque los conflictos bélicos son además los viveros principales de otras formas de violencia, incluidas prácticas represivas y políticas persecutorias de sesgo más o menos masivo como genocidios, exterminios, limpiezas étnicas o masacres generalizadas.

Sea por tanto por las violencias propias *de* la guerra o por aquellas desencadenadas *en* la guerra, no es difícil definir los enfrentamientos bélicos y su experiencia como el reino de la violencia y la muerte. Son innumerables las descripciones en esos términos para las contiendas del último siglo, empezando por la Gran Guerra de 1914-1918. Al poco de comenzar, Henry James la definía como un «abismo de sangre y tinieblas» en el que se hundía la civilización y que «reduce a la nada» el periodo en el que se suponía que el mundo iba a mejor. Y pese a que fuera un escritor, concluía que todo aquello era «demasiado trágico para poder reflejarlo en palabras»²⁴. En ese sentido, las guerras ya no ofrecen demasiado espacio para retratos románticos y cantos heroicos. Su imagen más común es más bien la de explosiones cegadoras, ciudades en ruinas, columnas de soldados heridos en retirada y montañas de cadáveres. Sus sentidos, tal como se representan en la ficción novelada o fílmica, son los sonidos de los obuses cayendo y los desgarros de dolor de moribundos y mutilados o el aroma de la pólvora, las heces de las trincheras y los cuerpos en descomposición.

Difícilmente cabe cuestionar la pertinencia de semejantes imágenes y representaciones para dar cuenta de lo bélico. Las llamemos totales o no, las guerras de los últimos cien años, aún más que las anteriores, han sido el origen, causa y escenario de un volumen abrumador de muertes, sufrimientos y devastaciones físicas y morales. Sociedades enteras han salido traumatizadas de su experiencia. Hasta se han tenido que inventar conceptos (como «genocidio»), numerosas terapias médicas y desde luego prácticas colectivas y políticas de duelo para tratar de gestionar la muerte de masas y su recuerdo, sin ir más lejos cementerios con tumbas individualizadas para los soldados muertos y ritos funerarios y ceremonias de conmemoración para ellos²⁵. No parece que haya que echar de menos la anterior vigencia de relatos en clave épica que soslayaban las dimensiones y rostros de tanta muerte, dolor e injusticia. Sin

²³ Véanse, por ejemplo, González Calleja, Eduardo, *La violencia en política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Madrid, CSIC, 2002, pp. 525-529, y Sofsky, Wolfgang, *Tiempos de horror. Amor, violencia, guerra*, Madrid, Siglo XXI, 2004 [2002], p. 130.

²⁴ Cit. en Fusell, Paul, *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Barcelona, Turner, 2006 [1995], p. 21.

²⁵ Capdevila, Luc, y Voldman, Danièle, *Nos morts. Les sociétés occidentales face aux tués de la guerre*, París, Payot, 2002.

embargo, conviene no perder de vista que cualquier gran relato se hace a costa de privilegiar unas cosas sobre otras. Este caso no puede ser una excepción.

Aunque se trata lógicamente de operar una simplificación abusiva sobre un sinfín de relatos y casos diferentes a lo largo de más de un siglo, en las narrativas actuales más habituales sobre el fenómeno bélico contemporáneo pueden encontrarse dos ángulos a los que llega menos la luz. Por una parte, la magnitud de esas desgracias y violencias conduce a menudo a que se lean a partir de claves de lectura estereotipadas y a que se evacúen análisis más complejos. De este modo, al representar la violencia en las guerras, buena parte de los relatos públicos suelen situarse en torno al polo de la mera sevicia ideológica —de los perpetradores o en concreto de uno de los dos bandos en liza— o alrededor del eje argumentativo del absceso de locura colectiva. A cambio, se integran con dificultad otros vectores explicativos, como los mecanismos sociales, culturales y psicológicos que se generan en esos contextos bélicos y que banalizan, nutren y masifican la administración de violencias de todo tipo en las sociedades que lo libran. Al sancionarlas y convertirlas en cotidianas, las guerras relativizan el significado de la muerte y el sufrimiento ajenos y las convierten para quienes las ejecutan en una tarea más. Generan la suspensión y derrumbe de los códigos éticos y regulaciones socioculturales que suelen inhibir los impulsos agresivos y los sustituyen por la legalización del asesinato y la incitación oficial a practicarlo. Explotan mecanismos compensatorios generados dentro de los grupos armados, como la obediencia ciega a la autoridad, la presión de grupo o la insensibilización hacia el otro contendiente. Les acompañan campañas de propaganda y «régimenes representacionales» que desarrollan estereotipos maniqueos sobre el enemigo y lo deshumanizan, para así distanciarlo del «nosotros» y facilitar que se le someta a prácticas violentas. Y albergan recurrentes dinámicas de revancha y represalia, que por supuesto son azuzadas y vehiculadas desde arriba, pero que brotan asimismo desde abajo²⁶.

Y, por otra parte, al concentrarse en esa indudable dimensión mortífera de las guerras, el foco desatiende a menudo el resto de procesos sociales, políticos y culturales que se dan en los marcos bélicos y que, aunque difícil de desligar en la práctica del contexto general de violencia, contribuyen a construir y dar significado a esas guerras. Entre ellos podrían citarse desde los procesos de control, reordenación y reconversión de la economía por parte de los Estados para subordinar la economía al esfuerzo bélico y lo que todo eso tuvo de retos y crecimiento de las propias maquinarias estatales, hasta las transformaciones, desafíos y ambigüedades en los modelos de género, pasando por la implementación de nuevas formas de control social, los nuevos modelos de organización del trabajo, el estímulo para la innovación tecnológica, la relativa movilidad social, los movimientos demográficos, los profundos legados culturales o la propia quiebra de imperios, países y regímenes políticos y su sustitución por otros salidos de las trincheras y de la victoria.

²⁶ Sobre todo eso, véanse, entre un sinfín de referencias, Gray, J. G., *Guerreros...*, *op. cit.*; Browning, Christopher R., *Aquellos hombres grises. El batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, Edhasa, 2002 [1992]; Bourke, Joanna, *Sed de sangre...*, *op. cit.*; Audoin-Rouzeau, Stéphane, et al. (dirs.), *La violence de guerre 1914-1945*, Bruselas, Hachette, 2002; Sofsky, Wolfgang, *Tiempos de horror...*, *op. cit.*, pp. 109 y ss. y 181-194. Lo de los regímenes representacionales, en Butler, Judith, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Barcelona, Paidós, 2010 [2009].

LAS GUERRAS CIVILES DE SUS RELATOS

Lo hasta aquí visto en estas páginas configura algunas de las coordenadas donde situar los relatos sobre las guerras civiles del siglo XX. Como es obvio, el modo de representar ese tipo de conflictos tiene mucho en común con cómo se hace con el conjunto de los pasados traumáticos en general, y con las guerras en particular. Más aún, a menudo son la quintaesencia de lo arriba visto. Nos encontramos así con que los conflictos fratricidas constituyen un buen ejemplo de esas situaciones que marcan las memorias individuales y comunitarias —en este caso del país donde se libra cada uno— como un tajo, al modo de un antes y un después en su devenir colectivo. Suponen también una nítida plasmación del carácter difícil de las memorias y relatos sobre los pasados traumáticos, entre otras cosas porque alrededor de ellos se repiten con insistencia los argumentos que remiten a atavismos y estados patológicos y porque hay sectores de la ciudadanía y de los Estados interesados en emborronar y olvidar lo ocurrido. Son asimismo una buena muestra de la naturaleza conflictiva y plural de la gestión futura y redefinición de dichos pasados, en la medida que sus condiciones mismas de posibilidad y características dependen de las diferentes coyunturas políticas y se involucran en esas prácticas numerosos actores sociales e institucionales que con frecuencia se reconocen o presentan como herederos de los bandos en lucha de la guerra. Por último, y como traducción hasta cierto punto de todo ello, las guerras civiles ejemplifican de igual modo la intensa atención de la historiografía, que no en vano suele convertir esas contiendas en los periodos estrella de la investigación disciplinar en los países que las experimentaron, pero ilustran asimismo la extensión a los círculos académicos de las controversias y posturas presentes en los relatos públicos y la generación de otros específicos que atañen a cuestiones cruciales como la objetividad o el partidismo a la hora de abordar el pasado²⁷.

Ahora bien, las guerras civiles aportan una serie de elementos propios que hacen hasta cierto punto diferente su gestión narrativa. En primer lugar, este tipo de conflictos bélicos tiene una obvia naturaleza doméstica, entendiéndolo por tal cosa que se produce dentro de los confines de un Estado y entre combatientes que proceden de su geografía, pero eso dista de rebajar su relevancia histórica, política y académica. Por un lado, a lo largo del último siglo, no solo han derribado unos regímenes y dado nacimiento a otros, sino que a menudo han redefinido los contornos sociales, políticos, culturales y demográficos de sus Estados y territorios. En ese sentido, suponen para los países donde se han librado acontecimientos en muchos aspectos fundacionales y su trascendencia en ellos es mayúscula.

²⁷ El protagonismo de las guerras civiles en la historiografía griega y algunos de sus debates y controversias, en Antoniou, Giorgos, «Memory and Historiography of the Greek Forties», PhD Dissertation, The European University Institute (Florence, Italy), 2007; íd., «The Lost Atlantis of Objectivity: the revisionist struggles between the academic and public spheres», *History and Theory*, 46 (2007), pp. 92-112; y Kalyvas, Stathis N., «Cómo me convertí en revisionista (sin saber lo que esto significaba): usos y abusos de un concepto en el debate sobre la Guerra Civil griega», *Alcores. Revista de Historia Contemporánea* [Salamanca], 4 (2007), pp. 125-141. Véase una mirada panorámica en Casanova, Julián, «Guerras civiles, revoluciones y contrarrevoluciones en Finlandia, España y Grecia (1918-1949)», en íd. (comp.), *Guerras civiles en el siglo XX*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2001, pp. 1-28.

Por otro lado, representan el tipo de guerra más habitual en el mundo a lo largo de las últimas décadas. Uno de los rasgos definitorios de la historia mundial, y desde luego del fenómeno bélico, es que desde la II Guerra Mundial las guerras civiles han superado en número a las interestatales, con una diferencia que alcanzaría su pico en la década de 1990, coincidiendo con el final de la Guerra Fría, pero que sigue siendo sólida. No en vano, aunque en casi todos los casos son conflictos de este tipo, a las «nuevas guerras» que han asolado desde ese año y asolan un buen número de países de Asia, África e incluso Europa (ex-Yugoslavia) ni siquiera parece necesario añadirles el adjetivo «civiles». Según los datos de Fearon y Laitin, por ejemplo, si las guerras entre Estados habidas en el planeta entre 1945 y 2000 fueron 25, las intraestatales sumarían 127, 25 de las cuales seguían en marcha en 1999. Pero además del número de guerras, está su impacto acumulado. Traducido en cifras, las muertes estimadas como resultado directo de las contiendas civiles alcanzarían los 16,2 millones, lo que multiplica por cinco las atribuidas a las guerras entre Estados. Y números al margen, conflictos como los de Afganistán, Somalia o Líbano, o después los de Irak, Sudán o Siria, dan cuenta de hasta qué punto estas guerras pueden arruinar un país para al menos toda una generación²⁸.

Un segundo elemento a tener en cuenta es el de la problemática definición de las guerras civiles²⁹. No existe una definición nítida y consensuada de ese fenómeno, y está por ver si puede haberla. Eso tiene a su vez una dimensión que podríamos denominar técnica y otra que tiene un mayor calado de cara a percibir, representar e implementar políticas sobre ese tipo de conflictos. Por lo que hace a la primera, existe y todas y todos podemos tener una noción intuitiva de lo que es y no es una guerra civil: así, la contienda que hubo en España entre 1936 y 1939 es una guerra civil y la I Guerra Mundial o un atentado terrorista no lo son (aunque quizá el perpetrador del atentado alegue y considere estar librando una guerra, por ejemplo de independencia). Sin embargo, resulta mucho más difícil aplicar esa noción a la realidad histórica y actual, al menos por dos razones. La primera es que tiende a estar elaborada a partir de casos muy concretos, que son un tipo específico de guerra civil que se puede denominar convencional —como la española, precisamente—, y deja fuera otras variantes de guerra intestina como las guerras irregulares o de guerrillas. La otra razón es el carácter complejo de las guerras civiles, que normalmente no resulta fácil describir a partir de una sola línea de fractura social o política y que, por el contrario, suelen estar compuestos de fracturas y elementos superpuestos. Tal cosa se traduce, por ejemplo, en que con frecuencia resultan porosos los límites entre este y otros tipos de conflicto. Es lo que ocurre con las guerras de secesión o con los conflictos armados internos que tienen lugar dentro de algunos países en el marco de guerras interestatales, como es el caso de Francia y de Italia durante los

²⁸ Fearon, James D., y Laitin, David D., «Ethnicity, Insurgency and Civil War», *The American Political Science Review*, 97, 1 (2003), pp. 75-90. En ese trabajo, se cuestiona que la razón del incremento de las guerras civiles sea el final de la Guerra Fría y se sugiere que tiene que ver más bien con la constante acumulación de conflictos desde la década de 1950.

²⁹ «Una definición problemática» es como titula uno de sus capítulos González Calleja, Eduardo, *Las guerras civiles. Perspectiva de análisis desde las ciencias sociales*, Madrid, Catarata, 2013, pp. 34-78.

últimos dos años de la II Guerra Mundial. O es lo que sucede con el ingrediente internacional que tienen muchas guerras civiles y con el carácter *civil* de muchas guerras interestatales, como la propias guerras mundiales, sobre todo la segunda. Como es sabido, según algunos autores, el conjunto del periodo que va del atentado de Sarajevo en 1914 a la rendición del III Reich en 1945 podría considerarse una «guerra civil europea», en la medida que lo bélico habría permeado de modo sustancial la política y que todos los conflictos armados adquirieron naturaleza de guerras fratricidas en tanto que guerras totales que afectaban al conjunto de la sociedad³⁰.

Para solventar ese problema, los estudiosos han ofrecido definiciones más abiertas. Una de ellas, por ejemplo, considera como guerra civil toda aquella confrontación armada que se produce dentro de las fronteras de una entidad soberana reconocida entre dos o más partes que hasta el inicio de las hostilidades estaban sometidas a la autoridad central de ese territorio. El requisito de la militarización del conflicto lo diferenciaría de los motines, terrorismo, el crimen o el genocidio, y el desafío doméstico al depositario del poder de una entidad soberana lo distinguiría de la guerra entre Estados. Algunas variantes de lo mismo subrayan que debe haber violencia en gran escala entre dos o más grupos vecinos, que están dentro de un Estado reconocido y luchan por el control del gobierno o la extensión de su jurisdicción. En otros casos, para precisar más, se han aportado definiciones que añaden distintos criterios cuantitativos. Aquellos en los que se basaba la contabilidad de contiendas arriba vista, por ejemplo, suponen que, para diferenciarse de otros tipos de enfrentamiento menores dentro de un mismo Estado o país, una guerra civil debe registrar un mínimo de víctimas, en concreto 1000, y que para diferenciarse del genocidio ambos bandos registran al menos 100. Pero esos criterios son también objeto de discusión y otros autores proponen criterios alternativos, como añadir un mínimo de muertes cada año. Sea como fuere, les acompañan dudas y problemas metodológicos que tienen que ver con la escasa fiabilidad de los datos en muchos países en conflicto y con cuestiones como si utilizar datos agregados para toda la guerra o anuales, subir o bajar el número de bajas o incluir solo las de combatientes o

³⁰ Traverso, Enzo, *A sangre y fuego...*, *op. cit.*, y Pavone, Claudio, «La seconda guerra mondiale: una guerra civile europea?», en Gabriele Ranzato (dir.), *Guerre fratricide. La guerre civile in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 86-128. Alrededor de los casos aludidos de Francia e Italia, dista de haber acuerdo en la literatura especializada. En el caso italiano, tuvo que llegar el fundamental trabajo de Claudio Pavone para afianzar la definición de los años 1943-1945 en clave de guerra civil: *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991. Cf. Luzzatto, Sergio, *Partisanos. Una historia de la Resistencia*, Barcelona, Debate, 2015 (*v. gr.* pp. 61-62). En Francia una parte de los estudiosos argumentan que ese término no define la lucha entre Vichy y la Resistencia, por ejemplo Wieviorka, Olivier, «¿Guerra civil a la francesa? El caso de los años sombríos (1940-1945)», en Julio Aróstegui y François Godicheau (eds.), *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 337-360, e id., *Histoire de la Résistance. 1940-1945*, París, Perrin, 2013. Los elementos superpuestos en las guerras civiles, en Rodrigo, Javier, «Furia e historia. Una aproximación a los relatos de las guerras civiles europeas (1919-49)», *Amnis* (2015): <http://amnis.revues.org/2295>, pero están también, entre otros, en Martin, Jean-Clément, «La “guerre civile”, une notion explicative en histoire», en id., *La Vendée et la Révolution. Accepter la mémoire pour écrire l'histoire*, París, Perrin, 2007 [1999], pp. 108-133, o en Mayer, Arno J., *Las Furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014 [2000], p. 356.

también las de civiles³¹. Y no se trata de problemas meramente técnicos: de esos criterios depende la inclusión o no de algunos conflictos en los listados internacionales de guerras civiles (Líbano, Nicaragua, Colombia, Sudán, más recientemente Ucrania...), lo que a su vez puede determinar las decisiones de organismos internacionales en materia de intervención diplomática, humanitaria e incluso militar.

Las implicaciones de cómo llamar a estos conflictos no se reducen, sin embargo, a ello. Son también políticas y simbólicas. Esa sería la otra dimensión de la problemática definición de las guerras civiles. El empleo o no de este término otorga o arrebatada legitimidad a quienes luchan en ellas, y de hecho es habitual considerar que el modo de nombrarlas forma parte de la lucha armada misma. Dicho de otro modo, «la guerra civil rechaza decir su nombre»³², porque describir el conflicto con ese término implica conferir al rival carta de naturaleza política en pie de igualdad jurídica, lo cual resta legitimidad al bando propio y supone una pérdida de capital político muy crítica en coyunturas que se caracterizan precisamente por la fractura de la soberanía en al menos dos fragmentos y la impugnación del estatus jurídico del otro. De ahí la habitual resistencia que se encuentra en estos conflictos en los contendientes a la hora de llamar a la lucha guerra civil, mientras dura pero también después. Y de ahí su insistencia en utilizar vocablos alternativos, eufemismos y perífrasis —conflicto, disturbios, guerra de liberación o independencia, cruzada, Resistencia, terrorismo, insurgencia, violencia sectaria, etc.—, así como en considerar al otro contendiente extranjero, traidor, bandolero o criminal, algo que es también transversal en todas las contiendas intestinas al menos desde las guerras de la Vendée en la Francia revolucionaria hasta la Siria de hoy mismo. Así las cosas, la definición y nombre que dar a la guerra se convierte en un dispositivo político y de producción de sentidos durante la propia contienda, pero también después. En el caso finlandés, por ejemplo, el término de *guerra de liberación (vapausota)* fue el más común durante decenios, hasta que en la década de 1960 se extendió en el público el equivalente a *guerra civil (kansalaissota)*, hasta entonces vinculado a los socialdemócratas y que a su vez se ve sustituido desde finales de siglo por el más más neutral de *guerra doméstica (sisällissota)*. Evidentemente, todo ello habrá de influir en las representaciones posteriores de esas guerras³³.

Pero tanto o más influirá en ello un tercer elemento característico de las contiendas civiles, que se suma a su particular trascendencia y a su problemática definición. Estos conflictos

³¹ Kalyvas, Stathis N., «Civil Wars», en Carles Boix y Susan Stokes (eds.), *Handbook of Political Science*, Nueva York, Oxford UP, 2007, pp. 416-434 (pp. 417-418). La mayoría parten del proyecto COW (Correlates of War). Las definiciones, entre otras posibles, en Kalyvas, Stathis N., *La lógica de la violencia en la guerra civil*, Madrid, Akal, 2010 (aunque aquí citaremos por la edición original *The Logic of Violence in Civil War*, Nueva York, Cambridge UP, 2006) pp. 5 y 17 y González Calleja, Eduardo, *Las guerras civiles...*, *op. cit.*, pp. 36 y 50.

³² Kalyvas, Stathis N., *The Logic of Violence...*, *op. cit.*, p. 17.

³³ Tepora, Tuomas, y Roselius, Aapo (eds.), *The Finnish Civil War 1918. History, Memory, Legacy*, Leiden / Boston, Brill, 2014, p. 5. Eso ha sido estudiado en el caso de varias guerras civiles, también en el de la española: *vid.*, por ejemplo, desde posiciones diferentes, Godicheau, François, «Guerra civil, guerra incivil, la pacificación por el nombre», en Julio Aróstegui y François Godicheau (eds.), *Guerra civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 137-166; Juliá, Santos, «Los nombres de la guerra», en *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*, Barcelona, RBA, 2009 [2006], pp. 91-122.

tienden a generar memorias y relatos aún más encontrados y opacos que otros pasados traumáticos. Eso se explica, de una parte, porque la divisoria entre víctimas y verdugos que crea la violencia y las relaciones asimétricas con el pasado que genera suelen ser más marcadas en este tipo de guerras. Lo son sobre todo si, como hizo el franquismo en España, el bando que gana la guerra impone durante años o décadas una victoria inmisericorde, excava un foso simbólico entre vencedores y vencidos y cierra a estos cualquier espacio de reproducción social en el que elaborar relatos compartidos de lo sucedido. Pero lo son asimismo, aunque eso último no ocurra y se camine pronto hacia discursos y políticas de memoria más o menos integradores, por el simple hecho de que quienes ganaron y quienes perdieron, tanto quienes perpetraron violencias como quienes las sufrieron, conviven en el mismo país y comunidades y pueden competir entre sí por recursos tanto materiales como simbólicos (como el reconocimiento institucional o los espacios conmemorativos).

Con todo, el carácter especialmente conflictivo del recuerdo de esas guerras se explica también, y acaso sobre todo, por la propia naturaleza de ese tipo de contiendas. En general, la representación de los grandes hitos del pasado de las sociedades y comunidades políticas —guerras, grandes batallas, independencias, conquistas, a veces derrotas e incluso masacres sufridas— está siempre sometida a la presión de usos y relatos públicos, sobre todo si hay muertos de por medio. Pero, al mismo tiempo, esos hitos pueden ser lo suficientemente maleables como para aportar material simbólico para la función de articulación de una memoria compartida que tiene la práctica conmemorativa, en la medida que permiten resemantizar lo sucedido sobre la base de la identidad de un «nosotros» frente a un enemigo exterior. Desde luego, eso no significa que no haya en esas identidades y narrativas mucho de constructo artificial, ocultamiento de severos conflictos y disparidades de orden interno o que todo ello no acabe aflorando y problematizando esos relatos, como sucedió con el mito de la Resistencia en Francia e Italia. Pero, al menos durante algún tiempo, la lucha contra un otro externo, perteneciente a un cuerpo político diferente y venido de fuera, suele ser eficaz a la hora de hacer algo útil al salir de experiencias colectivas traumáticas y fundar nuevos regímenes políticos como unificar simbólicamente a la nación y sugerir una unidad de destino y una ligazón más o menos convincentes o precarias entre el pasado y el presente de la comunidad³⁴.

Cuando el territorio pasado que recordar o conmemorar es una guerra civil, esa labor es sin embargo mucho más problemática y los relatos adquieren mucho antes una naturaleza conflictiva. Los conflictos fratricidas son desde un punto de vista nacional esencialmente negativos. Representan el peor momento posible para una nación y difícilmente pueden ser

³⁴ Gillis, John R. (ed.), *Commemorations: the Politics of National Identity*, Princeton, Princeton UP, 1994, y Cottret, Bernard, y Hennequin, Lauric (dirs.), *Du bon usage des commémorations. Histoire, mémoire et identité, XVIe-XXIe siècle*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2010, y, para los casos italiano y francés, Focardi, Filippo, *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito politico italiano dal 1945 a oggi*, Roma, Laterza, 2005; Luzzatto, Sergio, *La crisi dell'antifascismo*, Turín, Einaudi, 2004; Guillon, Jean-Marie, y Laborie, Pierre (dirs.), *Mémoire et histoire: la Résistance*, Toulouse, Privat, 1995 (v. gr., del primero, «La Résistance, cinquante ans et deux mille titres après», pp. 27-43) y Douzou, Laurent (dir.), *Faire l'histoire de la Résistance*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2010.

percibidos como periodos heroicos, neutros, positivos y articuladores de una identidad común. Ponen en cuestión de modo radical la coherencia y significado mismo de la existencia del Estado nacional. Por eso, la naturaleza intrínsecamente dicotómica de esos conflictos, con la fractura atravesando el cuerpo social en su conjunto y reproduciéndose de manera capilar a nivel local e incluso familiar, hace que su conmemoración y la elaboración de relatos compartidos constituyan una actividad siempre ambigua, y que su recuerdo sea terreno fértil para que sobrevivan experiencias y recuerdos conflictivos susceptibles de declinarse en silencio cuando exista un desequilibrio de espacios públicos, y de entrar en litigio cuando ya no lo haya³⁵.

Hitos trascendentales y sangrientos, de definición e implicaciones problemáticas y de representación conflictiva en tanto que generadores de memorias fracturadas y ambiguas, esos tres aspectos, sintetizados e individualizados a efectos puramente didácticos, delinean algunas de las coordenadas del escenario en el que se producen y transmiten en Occidente los relatos colectivos y memorias sobre las guerras civiles del último siglo.

Son varias las consecuencias de todo ello sobre el carácter y contenidos de esos relatos. La primera es que, en ellos, las guerras civiles aparecen solo de manera excepcional como epopeya, lo que únicamente se da cuando después de la contienda los vencedores imponen de modo monopolístico una memoria mutilada de buenos y malos. Pasada esa coyuntura, más o menos duradera según los países, se impone lo que los conflictos bélicos intestinos tienen de experiencia opaca y negativa, y su vivencia individual y colectiva tiende a resignificarse en clave de tragedia, vergüenza y locura en la que es mejor no abundar. Ese cuadro no cambia sustancialmente ni cuando más adelante surgen memorias y relatos enfrentados, porque la competencia entre ellos tiene a menudo menos de dialéctica deliberativa que de tirarse los muertos ajenos a la cabeza. De hecho, las guerras civiles personifican mucho más y antes que las libradas entre Estados la figura central del mal, y alrededor de todas ellas es fácil encontrar manifestaciones e imágenes que las definen como la mayor desgracia posible y la peor catástrofe imaginable.

Se trata de un tropo que acompaña a esta modalidad de guerra desde sus mismos orígenes, porque lo plasman antiguos y modernos cuando vieron en ella la quintaesencia de lo sucio e injusto (Cicerón o Hugo Grocio), el «mal político supremo» (Pascal) o la plasmación de la anarquía propia del «estado de naturaleza» en el que el hombre es lobo para el hombre (Hobbes), y que en realidad siempre ha sido operativo³⁶. La diferencia sería ahora que se adapta como un guante a las pretensiones y demandas de pasar página, de reconciliación y de disolución de responsabilidades que se instalan en el discurso político y en importantes sectores de la población donde se van consolidando a medida que pierde audiencia la propaganda excluyente de los vencedores. Frente a esta, las descripciones de la guerra en clave

³⁵ Antoniou, Giorgos, «Introduzione», *Memoria e Ricerca*, 21 (2006), pp. 5-20 (aquí pp. 5-6 y 11-12).

³⁶ González Calleja, Eduardo, *Las guerras civiles...*, *op. cit.*, pp. 13-17. *Vid.*, asimismo, Enzensberger, Hans M., *Perspectivas de guerra civil*, Barcelona, Anagrama, 1994.

cainita, de fatalidad y de error colectivo ofrecen relatos más integradores en los que puede reconocerse casi toda la población. Sin embargo, eso se hace al precio de dejar fuera del foco el hecho de que, aunque para las sociedades en su conjunto las guerras y sus posguerras suponen pérdidas y sufrimientos infinitos, en realidad en ellas unos pierden mucho más que otros y algunos privilegiados ganan mucho.

En segundo lugar, la idea del peor de todos los males se traduce inevitablemente en la centralidad de la violencia en los relatos sobre las guerras civiles. Si en ellos estas suponen una pesadilla, es casi siempre porque se imaginan y relatan fundamentalmente como baños de sangre más o menos sin sentido, como sumideros a los que se arrojan vidas. En los imaginarios colectivos y en muchos relatos sobre las guerras civiles, estas aparecen así como el epítome de la violencia salvaje: más violentas y salvajes incluso que las guerras interestatales, por más que estas registren obituarios más nutridos y sus prácticas homicidas suelen ser más indiscriminadas; y más incomprensibles, sucias e irracionales porque se producen además entre compatriotas, vecinos y hermanos. Esto último supone un agravante que recoge elementos morales y que acaba siendo central en los modos de ver y transmitir los conflictos intraestatales: en ellos luchan entre sí y se matan hermano contra hermano. «Todas las guerras son malas», habría dicho en una visita a Toledo el general francés Charles de Gaulle, «pero las guerras civiles, en las que en ambas trincheras hay hermanos, son imperdonables, porque la paz no nace cuando la guerra termina»³⁷. En todos los países europeos que pasaron el siglo pasado por experiencias de este tipo se repiten expresiones que aluden a su carácter metafórica o realmente fratricida.

Constatar esto no supone minimizar el componente sangriento ni represivo de estas guerras. La relación entre conflictos bélicos y prácticas violentas se hace particularmente cierta cuando se trata de guerras intestinas. Este tipo de enfrentamientos bélicos desarrolla una mecánica propia cuyo motor es una violencia que desborda límites estatales, grupos sociales y ataduras políticas. Define a las contiendas intraestatales que lo que está en juego es no solo territorios, sino los valores centrales de la sociedad y que difuminan la línea entre combatientes y civiles. Y eso alimenta reacciones cruzadas de miedo y odio y es el mejor abono para venganzas de doble dirección, justicias sumarias y toda clase de prácticas de desposesión material, simbólica, identitaria y física. Como resultado, desde los albores de los tiempos hasta las conflagraciones que azotan hoy en día el Oriente Medio o el África negra, lo que ha cobijado muchos de los mayores baños de sangre de la historia y desplegado infinitos mecanismos represivos, pérdidas, sufrimientos y dolor ha sido guerras no entre distintos grupos o entidades políticas sino intestinas. No es además ningún gran descubrimiento. Hace ya veinticuatro siglos lo anotaba Tucídides: lo que caracteriza a las guerras civiles es ser el reino de la violencia. Lo han registrado un sinnúmero de testigos de experiencias bélicas fratricidas, antiguas y recientes. Victor Serge, quien presenció la guerra civil rusa, dejaba escrito que un conflicto

³⁷ Cit. en Armitage, David, *Civil Wars: a History in Ideas*, New Haven, Yale UP, 2017, pp. 9 y 250-251. La capacidad mortífera de guerras civiles y estatales, en Ranzato, Gabriele, «Guerra civil y guerra total en el siglo XX», *Ayer*, 55 (2004), pp. 127-148.

así «no reconoce la existencia de no beligerantes, busca por todas partes, sin compasión, la fuerza viva de las clases enemigas». Para Saint-Exupéry, que combatió en la española, en ellos «no se trata de expulsar un enemigo de un territorio, sino de expulsar un mal», la frontera «es invisible», y «el enemigo es interior» y es por eso por lo que «toma una forma tan terrible: se fusila más de lo que se combate». Y lo han apuntado también los estudiosos. Si la guerra es el infierno, sentencia Arno Mayer, «la guerra civil pertenece a sus más profundas e infernales regiones»³⁸.

Ahora bien, nada de eso implica que esas guerras y sus excesos violentos sean solo meros descensos al reino de la anomia y la barbarie. Cabe al menos preguntarse si hay algo más. No faltan además las pistas para hacerlo. Para empezar, hay razones para pensar que, tras la imagen del caos que acompaña a estos conflictos y sus prácticas represivas, hay mucho de percepción tergiversada fruto de la falta de referentes desde los que nombrar y representar su experiencia. De otra parte, no conviene olvidar algo tan evidente como que, incluso en el corazón de la tormenta de esas guerras, siempre ha habido lugares que escapan a la violencia y personas que tratan de poner diques frente a ella. Y, por otro lado, algunos indicios permiten sugerir como hipótesis que, incluso en guerras de este tipo, la violencia no desempeña una función únicamente destructiva y disgregadora. Situada por el contexto bélico en el núcleo del espacio público y de las experiencias individuales y colectivas, adquiere además un papel protagonista a la hora de reconstruir identidades grupales —sobre todo excluyentes—, tejer nuevos lazos comunitarios —aunque a menudo de sangre— y aportar uniformidad y significados a una cotidianidad sometida a ruptura radical. Además, estas guerras tienden a incrementar los mecanismos y dinámicas represivas por una razón más concreta. Al quebrarse el monopolio de un uso legítimo de la fuerza, los contendientes se ven impelidos a improvisar, edificar y tratar de imponer su propia legitimidad, y eso pasa entre otras cosas por llevar a cabo «iniciativas que muestren que poseen el poder supremo sobre la vida y la muerte»³⁹. Similares pistas y otras han sido desarrolladas por los estudiosos. El mejor estudio global sobre la cuestión, por ejemplo, muestra que la guerra civil en general, y la violencia en su seno en particular, encuentran su razón última en una situación de «soberanías escindidas» y concurrentes monopolios de la violencia; y mantienen una cierta «dimensión estratégica» ligada a las necesidades de control de los territorios y al carácter «triangular» de estas contiendas, en la medida que consideran objetivos prioritarios no solo a los rivales, sino también a las propias poblaciones. De ahí que sus prácticas violentas se dirijan no solo a

³⁸ Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 311-312 y 314 (libro III, § 82 y 83); Serge, Victor, *El año I de la revolución rusa*, Madrid, Siglo XXI, 1972 [1930], p. 372; Saint-Exupéry, Antoine, *Un sentido de la vida*, Buenos Aires, Troquel, 1966, pp. 63 y 49; Mayer, Arno J., *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, Princeton UP, 2000, p. 323.

³⁹ Expresión de Martin, Jean-Clément, «Introduction», en íd. (coord.), *La guerre civile, entre Histoire et Mémoire*, Nantes, Ouest Éd., 1995, p. 12. Una expresión similar, en Waldmann, Peter, «Sociedades en guerra civil: dinámicas innatas de la violencia desatada», en íd. y Reñares, Fernando (eds.), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 87-108. Los lugares y personas que escapan a la violencia, por ejemplo, en el trabajo sobre Yugoslavia de Broz, Svetlana, *Buena gente en tiempos del mal: participantes y testigos*, Madrid, Kailas, 2006.

eliminar a los eventuales enemigos, sino con frecuencia también a involucrar a las poblaciones «tibias» y neutrales⁴⁰.

La guerra sucia y la centralidad de la violencia se combinan no obstante con un tercer vector de los relatos sobre las guerras civiles. Como se apuntaba páginas atrás, es habitual que la representación de los pasados traumáticos pase por diferentes momentos y fases. En el caso de los conflictos fratricidas, el carácter particularmente arduo, conflictivo y disputado de su representación y las fracturas que atraviesan la comunidad respecto de su memoria hacen que una y otra sean sensibles de un modo especial a las formas como los Estados y sus sociedades formulan, negocian y preservan, oprimen o suprimen la memoria de sus pasados bélicos.

Ni que decir tiene que cada país presenta sus propias especificidades y que en cada momento puede haber diferentes actitudes hacia ese pasado, de modo que la validez de cualquier generalización será solo orientativa y aproximada. Con todo, los casos de Finlandia, España y Grecia parecen mostrar algunas similitudes. Así, para empezar, en los tres se observa una primera fase en la que la relación con el pasado bélico de cada país es de tipo excluyente y que iría desde el final de cada guerra hasta finales de la década de 1930 en el caso finlandés, hasta los primeros años sesenta en el español y hasta 1958 y de nuevo en 1967-1974 en Grecia. En esa etapa, los vencedores no solo monopolizan la conmemoración y representación del conflicto, sino que además excluyen de ello a los vencidos y les deparan en ellas el único papel de enemigo. Sería además solo en los primeros años de esa etapa cuando se da una cierta «pulsión por contar» la experiencia, que se circunscribe a quienes se reconocen con el régimen vencedor, mientras que a los vencidos se les clausuran los espacios en los que pudieran elaborar una narración propia.

Poco a poco, esa etapa daría paso a otra donde priman dos modos de afrontar ese pasado que en buena medida se solapan y no siempre resulta fácil distinguir. Uno de ellos tiende hacia el silencio oficial y conmemorativo y hacia la narrativa de la «tragedia nacional», que puede ofrecer un consenso artificial entre los antiguos contendientes y parece el más presente en Finlandia entre finales de la década de 1960 e inicios de la de 1990, en la España de los sesenta y setenta y en la Grecia de 1958-1967. Mientras tanto, el otro se inclina por algún tipo de amnesia y por la búsqueda de una versión blanqueada del pasado que pueda ser la base de una estrategia de reconciliación. Con la excepción de Finlandia, donde se podría ubicar entre 1945 y *circa* 1960, sucedería al anterior y llegaría hasta 1990 en Grecia y hacia 2000 en España. Y, por último, entre principios de la última década del siglo pasado (Finlandia y Grecia) y su final (España), fraguaría un modo de recordar el pasado bélico en clave de memorias plurales en conflicto, negociación y lucha por su resignificación que —de nuevo con la parcial excepción finlandesa— en buena medida sigue hoy en pie⁴¹.

⁴⁰ Kalyvas, Stathis N., *The Logic of Violence...*, *op. cit.* Cf. algunos balances de la cuestión, también generales, como Waldmann, P., «Sociedades en guerra civil...», *op. cit.*; González Calleja, Eduardo, *Las guerras civiles...*, *op. cit.*, pp. 124-146; y Rodrigo, Javier, «Under the Sign of Mars: Violence in European Civil Wars, 1917-1949», *Contemporary European History* (2017) [en prensa].

⁴¹ Nos hemos basado para esto en Gelonch, Josep, «Recuerdo y olvido de las violencias de las guerras civiles en Europa. Tres casos: Finlandia, España y Grecia», *Revista de Historia Actual*, 11 (2013), pp. 47-61. Tepora, T., y Roselius,

RETOS PENDIENTES

Lo que también sigue en pie, y con buena salud, es esa otra instancia elaboradora de relatos sobre el pasado —supuestamente significativos— que es la investigación académica. En realidad, ha estado siempre ahí, pero es probable que precisamente el salto de las guerras y sus legados al debate público haya reforzado el interés de los estudiosos, que pueden aportar así elementos de juicio a ese debate, pero también participar y posicionarse en él. De hecho, casi podría decirse que el estudio de las guerras civiles está de moda. Son infinidad los trabajos que se han ocupado de ellas durante los últimos lustros desde varias disciplinas sociales, como la ciencia política, las relaciones internacionales, la economía, la sociología, la antropología y, por supuesto, la historia⁴². Y en ellos, el principal foco de interés lo constituyen las violencias desplegadas en esos conflictos. Eso sí, al estudiarlas, cada disciplina parece hacer la guerra por su cuenta. Desde la ciencia política, las relaciones internacionales y en cierto modo la sociología, se ha tendido a elaborar modelos teóricos a partir de escasa investigación sobre el terreno. Además, como también en la antropología, se han privilegiado las guerras civiles que tienen o han tenido lugar en las últimas décadas en África, Centroamérica y Asia. Con ello, además, se ha extendido una cierta equiparación, que también ha llegado a medios de comunicación y ONG, entre violencia y subdesarrollo cultural, económico y político. Mientras tanto, distinto suele ser el enfoque de las y los historiadores. En nuestro caso, sí se han hecho minuciosas investigaciones con amplia base empírica, y nos hemos centrado en guerras pasadas ocurridas en el mundo occidental como la de Estados Unidos y las de la

A. (eds.), *The Finnish Civil War 1918...*, *op. cit.*, caps. 9-12, pp. 297-439; Heimo, Anne, y Peltonen, Ulla-Maija, «Memories and histories, public and private, after the Finnish Civil War», en Katharine Hodgkin y Susannah Radstone (eds.), *Contested Pasts. The politics of memory*, Londres, Routledge, 2003, pp. 42-56; Ahonen, Sirkka, «Representations of Victims and Guilty in Public History. The Case of the Finnish Civil War in 1918», en Helle Berg *et al.* (eds.), *Historicising the uses of the past: Scandinavian perspectives*, New Brunswick, Transcript, 2011, pp. 27-43. Close, David H., «The Road to Reconciliation? The Greek Civil War and the Politics of Memory in the 1980s», en Philip Carabott y Thanasis D. Sfikas (eds.), *The Greek Civil War. Essays on a Conflict of Exceptionalism and Silences*, Aldershot, Ashgate, 2004, pp. 257-278; Demertzis, Nicolas, «The drama of the Greek Civil War trauma», en Ronald Eyerman, Jeffrey C. Alexander, Elizabeth Butler Breese (eds.), *Narrating Trauma: On the Impact of Collective Suffering*, Boulder (CO), Paradigm, 2011, pp. 133-162; Antoniou, Giorgos, «The Commemoration of Civil Wars in 20th Century Europe. Contextualizing the Greek Civil War Memories», *paper inédito*, Brown University (Providence), 17/03/2008.

⁴² Para el caso de esas otras disciplinas, y entre una bibliografía amplísima, pueden verse títulos como Hannover, Jean (coord.), *Guerras Civiles. Économies de la violence, dimensions de la civilité*, Paris / Beirut, Karthala / Cermoc, 1999; Waldmann, Peter, y Reinales, Fernando (eds.), *Sociedades en guerra civil...*, *op. cit.*; Berdal, Mats, y Malone, David M. (eds.), *Greed and Grievance: Economic Agenda in Civil Wars*, Ottawa, International Development Research Centre, 2000; Derriennic, Jean-Pierre, *Les guerres civiles*, Paris, Presses de Sciences Po, 2001; Collier, Paul, y Sambanis, Nicholas (eds.), *Understanding Civil Wars: Evidence and Analysis*, Washington DC, World Bank Publications, 2003-2005, 2 vols.; Kalyvas, Stathis N., *The Logic of Violence...*, *op. cit.*; Weinstein, Jeremy M., *Inside Rebellion: The Politics of Insurgent Violence*, Nueva York, Cambridge UP, 2007; Metelits, Claire, *Inside insurgency: violence, civilians, and revolutionary group behavior*, Nueva York, New York University Press, 2010; Cramer, Christopher, *Civil War Is Not a Stupid Thing: Accounting for Violence in Developing Countries*, Londres, C. Hurst & Co., 2006. Algunos estudios de caso, en Wood, Elisabeth J., *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*, Nueva York, Cambridge UP, 2003; Mitton, Kieran, *Rebels in a Rotten State. Understanding Atrocity in Sierra Leone Civil War*, Londres, Hurst & Co., 2015 y Mojzes, Paul, *Yugoslavian Inferno. Ethnoreligious Warfare in the Balkans*, Londres, Bloomsbury Academic, 2016.

primera mitad del siglo XX en Europa. Pero a cambio es muy raro salir del caso estudiado, ensayar miradas comparadas o proponer diálogos con otras disciplinas⁴³.

Dos son los problemas que resultan de todo ello. El primero es que, contempladas como cosa de sociedades pasadas, o actuales pero hundidas en la pobreza y el atraso, las guerras civiles y sus violencias parecen meros restos atávicos de un mundo que la modernidad se encargaría de barrer. El segundo es la existencia de modos de investigar ese tema que corren paralelos y sin apenas tocarse. Esa falta de una agenda de estudio común, la enorme proliferación de trabajos en varias disciplinas y el volumen inabarcable de estudios de caso en muy distintos idiomas dificultan las miradas de conjunto a esta cuestión y de alguna manera limitan lo que la investigación especializada puede aportar a la elaboración de relatos colectivos sobre esos ambiguos y escurridizos conflictos bélicos.

Desde luego, esto no quiere decir que las ciencias sociales y políticas o la historiografía no estén haciendo su trabajo o que no estén utilizando y aportando claves de lectura que enriquezcan esos relatos. Lo hacen, en gran número y a menudo con notables resultados. Por poner solo algunos botones de muestra, la antropología, con autoras como Carolyn Nordstrom o Veena Das, desde ópticas muy diferentes, ofrece miradas a la experiencia desde abajo de ese tipo de conflictos, tanto de los combatientes como de hombres y mujeres entre dos fuegos. Eso les sirve además para ver cómo esa experiencia afecta a la vida diaria y reconstituye relaciones sociales e identidades, adentrándose en lo «ordinario», y cómo complejiza así las fronteras entre el mundo de paz y de guerra⁴⁴. Hemos visto ya que desde las ciencias políticas se ha avanzado mucho en la identificación de patrones y lógicas de la violencia en las guerras civiles, tema al que se dedican un sinfín de líneas de trabajo, muchas de las cuales utilizan sofisticados aparatos estadísticos. Pero, además, se están desbrozando otras nuevas en un terreno conocido como microfundamentos (*micro-foundations*) de las guerras civiles. La idea motriz es que el habitual énfasis en entidades abstractas y agregadas —Estados, colectividades étnicas, nacionales, sociales, etc.— es necesario pero insuficiente: insuficiente porque no capta la fluidez de realidades y experiencias definidas por la radical fragmentación —de soberanía, de marcos de referencia, de experiencias— que caracteriza a estas contiendas; pero también porque no aprehende sus lógicas endógenas, locales e individuales, las que renegocian sobre el terreno las de la «gran política» (por ejemplo, las que llevan a la gente a matar, pero también a unirse a uno u otro grupo, a jugarse la vida, o a no hacerlo...)⁴⁵. Y, por

⁴³ Kalyvas, Stathis N., «Civil Wars», *op. cit.*, p. 431.

⁴⁴ Nordstrom, Carolyn, *A different kind of War Story*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1997; *id.*, *Shadows of War. Violence, Power and International Profiteering in the Twenty-First Century*, Berkeley, University of California Press, 2004; *id.* y Robben, Antonius (eds.), *Fieldwork under Fire. Contemporary Studies of Violence and Survival*, Berkeley, University of California Press, 1995; Das, Veena, *Life and Words: Violence and the Descent into the Ordinary*, Berkeley, University of California Press, 2007.

⁴⁵ Justino, Patricia; Bruck, Tilman, y Verwimp, Philip (eds.), *A micro-level perspective on the dynamics of conflict, violence, and development*, Oxford, Oxford UP, 2013. Véase también Kalyvas, Stathis N., «Promises and Pitfalls of an Emerging Research Program: The Microdynamics of Civil War», en *id.*, Shapiro, Ian, y Masoud, Tarek (eds.), *Order, Conflict, Violence*, Cambridge, Cambridge UP, 2008, pp. 397-421.

último, no puede ser este el lugar para hacer un balance de la contribución que ha hecho la historiografía, a través de miles de títulos, al estudio y narración de las guerras civiles clásicas, sobre todo las europeas. En el caso de la española, sin ir más lejos, a lo largo de los últimos treinta y cinco años, y todavía con más razón en los últimos quince, se ha dado y se está dando sin cesar un interesante proceso de reescritura que enriquece los relatos académicos y alimenta los producidos por otros actores. Que los enriquece, además, tanto abriéndolos a nuevas áreas de trabajo (violencia, articulación social y cultural de las dos retaguardias, construcción del régimen franquista desde 1936 desde arriba y desde abajo, dimensión sexuada de la guerra...) como problematizando los relatos anteriores (el franquista y pseudorrevisionista, el de la guerra entre hermanos, el del primado de la política...).

Sin embargo, con ser eso cierto, lo es también que no parece haber demasiados motivos para la autocomplacencia. La impresión general es que no hay correspondencia entre, por un lado, la relevancia histórica y actual de las guerras civiles —el tipo más habitual de guerras y, por tanto, de violencia de masas— y, por otro, el recorrido y avance analítico obtenidos. Aunque no puede tratarse aquí ni de una mínima agenda de trabajo, sí que cabe apuntar para finalizar algunas posibles líneas de reflexión. Para empezar, avanzábamos ya antes que la división del trabajo y la escasa colaboración entre las diferentes disciplinas acarrear que no haya nada parecido a una agenda común, y también que, pese a los intentos por aportar criterios cuantitativos, se carece todavía de una definición clara, operativa y consensuada de la guerra civil y que la discrimine nítidamente de otros fenómenos de violencia colectiva organizada. Pero en realidad se puede ir más al fondo del problema. Como ponen de manifiesto varios autores desde enfoques diferentes, lo que en verdad ocurre es que la guerra civil «se ha mantenido infrateorizada y resistente a la generalización», más que el resto de grandes conceptos políticos como *Estado*, *revolución* e incluso *guerra*, y no ha llegado nunca a ser una categoría fuerte de las ciencias sociales⁴⁶. En ese sentido, apenas se vuelve o se dialoga con los textos clásicos (Hobbes, Carl Schmitt, Lenin y Trotsky, incluso Foucault) y pasa prácticamente desapercibida la cuestión sobre la problemática separación y, por tanto, relación entre guerra civil y revolución⁴⁷.

En segundo lugar, si se profundiza en los relatos que sostienen en ocasiones la literatura académica, se observa que, bajo la sofisticación de algunos trabajos, con frecuencia asoman definiciones, argumentos y relatos que poco se diferencian de los más estereotipados y ha-

⁴⁶ Armitage, David, *Civil Wars...*, *op. cit.*, p. 7. Véase también Agamben, Giorgio, *La guerre civile. Pour une théorie politique de la stasis*, París, Éditions Points, 2016 [2015], p. 9. Dos breves apuestas anteriores, en Bobbio, Norberto, «Guerra civile?», *Teoría política*, 7 (2) (1992), pp. 297-307, y en Schnur, Roman, *Rivoluzione e guerra civile*, Milán, Giuffrè, 1986 [1980], pp. 121-157.

⁴⁷ Junto a los textos de Armitage y Schnur de la nota anterior, véanse del primero «Every Revolution is a Civil War», en Keith M. Baker y Dan Edelstein (eds.), *Scripting Revolution. A Historical Approach to the Comparative Study of Revolutions*, Stanford (CA), Stanford UP, 2015, pp. 57-68; Koselleck, Reinhart, «Criterios históricos del concepto moderno de revolución», en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 66-85 (aquí 72 y ss.); Ranzato, Gabriele, «Un evento antico e un nuovo oggetto di riflessione», en id. (dir.), *Guerre fratricide...*, *op. cit.*, pp. X-XV; Viola, Paolo, «Rivoluzione e guerra civile», en *ibidem*, pp. 5-26.

bituales en el discurso público. Así, por ejemplo, la investigación procedente de otras disciplinas pone el acento, como ejes explicativos de esos conflictos, en los recursos materiales y financieros para sufragarlos (economistas), en los conflictos y fragmentación étnica (estudiosos de las relaciones internacionales) y en la capacidad del Estado y su PIB (politología). Pero por debajo sigue operando, o no se contesta, un discurso que pinta las sociedades en guerra en términos de atraso, excepción patológica, calamidad y alteridad asimétrica negativa («otros»).

El mejor ejemplo de ello es el de la literatura consagrada al estudio de lo que se llama «nuevas guerras» civiles, en teoría las propias del mundo posterior a la Guerra Fría. Según una ya amplia bibliografía, las guerras más o menos convencionales entre Estados son cada vez más un anacronismo. En su lugar surge un nuevo tipo de conflictos bélicos que se definen como una mezcla de guerra, crimen organizado y violaciones de los derechos humanos a gran escala y se sostienen gracias a una economía criminalizada. En ellos, los intereses serían más privados que públicos y se lucharía por objetivos particulares sin ideología y con técnicas de terror en teoría prohibidas en la guerra moderna. La supuesta divisoria radical entre esas nuevas guerras y las anteriores resulta problemática. Pero lo que aquí nos interesa es que las nuevas lógicas depredadoras, criminales y particulares instalarían estos conflictos en el terreno de la fatalidad, la violencia absurda y lo incognoscible, con un relato poco original que se emparenta de manera crucial con los que recurren a los tropos de la guerra cainita e incomprensible. «Lo que da un sesgo terrorífico a las guerras civiles actuales», escribe un autor alemán, «es el hecho de que ninguna de las partes se juega nada, que son *guerras sobre nada en absoluto* [...] y el carácter autista de los autores, incapaces de distinguir entre destrucción y autodestrucción». Las guerras civiles actuales en la periferia del mundo, añade un pensador francés, son «guerras sin sentido [...] y, tras la brutalidad demente de sus violencias, resulta pretencioso y nocivo buscar otra cosa que no sea irracionalidad, vértigo puro, el placer de la muerte por la muerte»⁴⁸.

Tampoco la historiografía parece que pueda irse de vacaciones con las manos vacías. Entre sus deberes pendientes, estaría una mayor atención a la perspectiva comparada, para compensar que nuestros trabajos suelen estar demasiado pegados a los casos de estudio y a las polémicas y memorias de cada país. Estaría también colaborar en el intento de elaborar una teoría de la guerra civil, o al menos invertir en esfuerzo conceptual y de cara a vislumbrar las posibilidades y límites de nuestros propios relatos. Tal vez sería así más difícil que sigan construyéndose narraciones de las guerras civiles europeas en las que, por ejemplo, su

⁴⁸ Enzensberger, Hans M., *Perspectivas de guerra civil...*, op. cit., Barcelona, Anagrama, 1994, p. 22; Lévy, Bernard H., *Reflexiones sobre la Guerra, el Mal y el fin de la Historia*, Barcelona, Ediciones B, 2002 [2001], pp. 166-167. Vid., asimismo, Kaldor, Mary, *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets, 2001 [1999]; Nordstrom, Carolyn, *Shadows of War. Violence, Power and International Profiteering in the Twenty-First Century*, Berkeley, University of California Press, 2004; Münkler, Herfried, *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*, Madrid, Siglo XXI, 2005 [2002]. Para una crítica de esa literatura, Kalyvas, Stathis N., «Nuevas y viejas guerras civiles. ¿Una distinción válida?», *Zona Abierta*, 112-113 (2005), pp. 21-47 [2001].

relación con la revolución se convierte en simple y mera igualación⁴⁹, y habría más propuestas como la que, entre nosotros, explora la posibilidad de que el término *guerra civil* haya quedado obsoleto para dar significado a la contienda iniciada en la España de 1936. Según esa propuesta, que se ayuda de la historia conceptual y parte de una perspectiva centrada en la construcción de la ciudadanía, esa categoría «no resulta suficiente para especificar el desenlace histórico» de la II República, porque la guerra de 1936 habría sido una guerra civil, pero también una conquista colonial y una gran guerra santa lanzada sobre la propia población⁵⁰.

Mientras tanto, una agenda de mínimos consistiría en seguir dando cuenta de la mejor manera posible de lo ocurrido en las guerras civiles y tratar así de aportar miradas significativas a ese pasado. A su vez, no existe para ello manual de instrucciones, pero, además de las tareas más técnicas de la actividad investigadora, el trabajo puede pasar por no perder de vista los otros relatos sobre la guerra de 1936 que se elaboran y transmiten por parte de otros actores. Con ello, se supone que las y los historiadores pueden tratar de proponer relatos más complejos y plurales que combatan y resten credibilidad a los más estereotipados y planos. Se trataría también de explorar el terreno de análisis que no cubren esos otros relatos, precisamente para tratar de arrojar luz sobre él e incorporar lo que ellos reprimen (por ejemplo, las dimensiones constructivas y performativas de la violencia y la propia guerra). Y se trataría de indagar en la capacidad de gravitación que tienen los demás relatos entre la ciudadanía y en las tensiones y movimientos que pueden provocar en las maneras de ver el pasado y hasta en los modos como lo historiamos, porque a menudo se producen y difunden con más medios y eco que los de quienes nos ocupamos profesionalmente de esto.

Curiosamente, en este país, cuando desde algunos sectores de la derecha mediática se reciclan todavía los argumentos de la publicística franquista y el movimiento asociativo de la «memoria histórica» no deja de actuar oponiendo una lectura antagónica, goza de la mejor salud y audiencia un tercer relato: el doliente de la tercera España y de la lucha entre hermanos. Se difunda en la prensa, en obras de ficción o en forma de anuncio televisivo de Navidad de una multinacional española de la alimentación, supone una intervención en nuestros modos de contemplar en retrospectiva la guerra de 1936 que es legítimo considerar, entre otras cosas porque además esa intervención nos interpela, en ocasiones de modo directo.

⁴⁹ Para un autor francés, la guerra civil rusa estaba en realidad inscrita en el programa político previo de los comunistas, en ella los ejércitos blancos parecen no desempeñar el menor papel y continúa mucho más allá de 1922 hasta convertirse en una «guerra civil permanente» destinada a la masacre constante: Wolton, Thierry, *Une histoire mondiale du communisme. Essai d'investigation historique*, París, Grasset, 2015-2016, vol. 2: *Les victimes*, pp. 19-318. Para un norteamericano, el tipo de guerras fratricidas propio del siglo XX es el de las «guerras civiles revolucionarias» y, en tanto que movidas por la idea de un combate absoluto ideológico y por la brutalidad de sus violencias, han sido las principales parteras de las masacres de ese siglo: Payne, Stanley G., *La Europa revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo XX*, Madrid, Temas de Hoy, 2011.

⁵⁰ Sánchez León, Pablo, «Erradicar la ciudadanía: 1936 más allá de una guerra civil», en *id.* e Izquierdo, Jesús, *La guerra que nos han contado y la que no. Memoria e historia de 1936 para el siglo XXI*, Madrid, Postmetrópolis, 2017, pp. 305-379 (entrecomillado en p. 320).

Una de las versiones de esa narrativa se encuentra en un libro titulado *La Guerra Civil contada a los jóvenes* y que cuenta con tantas ilustraciones como páginas de breves textos. En él se leen cosas que ya nos hemos encontrado atrás. La frase inicial reza que «todas las guerras son malas, pero la guerra civil es la peor de todas, pues enfrenta al amigo con el amigo, al vecino con el vecino, al hermano contra el hermano». Más adelante, encontraba claves nada complicadas para explicar las «atrocidades» cometidas: los «rencores acumulados», «el odio, la barbarie y la incultura». El autor del libro, un famoso escritor y miembro de la Real Academia Española, gusta en decir en entrevistas grabadas disponibles en internet que los españoles somos cainitas hasta la médula y que eso se aprende leyendo historia⁵¹.

De nuevo Caspe, en la provincia de Zaragoza. El 25 de noviembre de 2015, unos meses antes del homenaje a los brigadistas, el Ayuntamiento aprobaba en pleno, con un solo voto en contra, una moción por la que se acordaba retirar de la fachada de la colegiata las placas de cobre donde figuran desde 1939 los nombres de quienes murieron fusilados por los milicianos y, en algún caso, en el frente. Como era previsible, la decisión generó una polémica, a la que se sumaron sobre todo los descendientes de quienes aparecen en esas placas. Varios de ellos interponían un Recurso Contencioso-Administrativo contra el acuerdo el Consistorio argumentando que, sin los símbolos preconstitucionales quitados años atrás, los nombres junto a una cruz no representaban exaltación del fascismo. Más de un año después, el 27 de enero de 2017, el Juzgado Contencioso Administrativo n.º 5 de Zaragoza daba la razón a la parte recurrente y, haciendo suyos esos argumentos, declaraba nula la resolución impugnada. Unas semanas después, la prensa comarcal recogía una columna firmada por la portavoz local del Partido Popular. En ella, refiriéndose al pleno recurrido, aludía al «guerracivilismo» que «parece estar de moda», «el odio y las ansias de revancha» presentes en los «sectores empeñados en reabrir heridas»⁵².

Son solo dos ejemplos entre los muchos posibles que muestran que la de escribir la historia es una tarea colectiva en la que participan un sinnúmero de actores y que tiene lugar constantemente en un también infinito número de espacios. Por supuesto no se puede atender a todos, pero este texto se ha construido desde el convencimiento de que resulta más útil prestar atención a esos relatos alternativos que pretender —vanamente— ignorarlos, entre otras razones porque unos relatos influyen en otros, pero también porque se refieren a un pasado particularmente sensible y que, precisamente por eso, está abierto a ser estudiado, relatado y sometido a la búsqueda de sus significados.

⁵¹ Pérez-Reverte, Arturo, *La Guerra Civil contada a los jóvenes*, Barcelona, Alfaguara, 2015, pp. 6 y 30.

⁵² *La Comarca* (Alcañiz), 21/02/2017.